



AGENDA DE LA POLÍTICA EXTERIOR DE LOS ESTADOS UNIDOS DE AMÉRICA
ABRIL DE 2006

**ACONTECIMIENTOS IMPORTANTES
EN LAS RELACIONES EXTERIORES
DE ESTADOS UNIDOS**
1900 - 2001



AGENDA DE LA POLÍTICA EXTERIOR DE ESTADOS UNIDOS



Editor	Merle David Kellerhals, Jr.
Editora gerente	Rebecca Ford Mitchell
Editores contribuyentes	David A. Denny David I. McKeeby Jody Rose Platt Jacquelyn S. Porth
Editora asociada	Rosalie Targonski
Especialistas de consulta	Samuel Moncrief Anderson George Burkes Vivian R. Stahl
Investigación de vídeo	Martin J. Manning
Investigación de fotografía	Ann Jacobs Maggie Johnson Sliker
Diseño de portada	Thaddeus A. Miksinski, Jr.
<hr/>	
Directora	Judith S. Siegel
Director principal	George Clack
Director ejecutivo	Richard W. Huckaby
Gerente de producción	Christian Larson
Gerente adjunta de producción	Chloe D. Ellis
<hr/>	
Junta editorial	Alexander C. Feldman Jeremy F. Curtin Kathleen R. Davis Kara Galles

FOTOS DE PORTADA

Centro: El presidente Ronald W. Reagan (derecha) conversa con el líder soviético Mijaíl Gorbachov durante una cumbre en Washington, el 8 diciembre de 1987. AP/WWP

Abajo, derecha: El presidente Mao Zedong (izquierda) y el presidente Richard M. Nixon se reúnen por primera vez en febrero de 1972, en Pekín. AP/WWP

Abajo, centro: El primer ministro británico Winston Churchill (izquierda), el presidente de Estados Unidos Franklin D. Roosevelt (centro) y el mariscal Josef Stalin (derecha) se reúnen en los jardines del palacio de Livadia en Yalta, el 12 de febrero de 1945. AP/WWP

Abajo, izquierda: El presidente John F. Kennedy anuncia el bloqueo marítimo de Cuba en una transmisión en directo por televisión y radio el 22 de octubre de 1962. AP/WWP

La Oficina de Programas de Información Internacional del Departamento de Estado de Estados Unidos publica cinco periódicos electrónicos — *Perspectivas Económicas*, *Cuestiones Mundiales*, *Temas de la Democracia*, *Agenda de la Política Exterior de Estados Unidos* y *Sociedad y Valores Estadounidenses* — que analizan los principales temas que encaran Estados Unidos y la comunidad internacional, al igual que la sociedad, los valores, el pensamiento y las instituciones estadounidenses. Cada uno de los cinco está catalogado por volumen (el número de años que lleva publicado) y número (la cantidad de ediciones que aparecieron durante el año).

Cada nuevo periódico se publica mensualmente en inglés, y lo siguen, varias semanas después, versiones en español, francés, portugués y ruso. Algunas ediciones selectas aparecen también en árabe y chino.

Las opiniones expresadas en los periódicos no reflejan necesariamente los puntos de vista o políticas del gobierno de Estados Unidos. El Departamento de Estado de Estados Unidos no asume responsabilidad por el contenido y acceso constante a los sitios en la Internet relacionados con los periódicos electrónicos; tal responsabilidad recae enteramente en quienes publican esos sitios. Los artículos, fotografías e ilustraciones pueden reproducirse y traducirse fuera de Estados Unidos, a menos que incluyan restricciones específicas de derechos de autor, en cuyo caso debe solicitarse autorización a los propietarios de derechos de autor mencionados en el periódico.

La Oficina de Programas de Información Internacional mantiene números actuales o anteriores en varios formatos electrónicos, como así también una lista de los próximos periódicos, en <http://usinfo.state.gov/pub/ejournalusa/spanish.html>. Se agradece cualquier comentario en la embajada local de Estados Unidos o en las oficinas editoriales:

Editor, *eJournal USA: Agenda de la Política Exterior de Estados Unidos*

IIP/T/IS

U.S. Department of State

301 4th Street SW

Washington, DC 20547

United States of America

Correo electrónico: ejforpol@state.gov

ACERCA DE ESTE NÚMERO

Este número del periódico electrónico *Agenda de la Política Exterior de Estados Unidos: Acontecimientos importantes en las relaciones exteriores de Estados Unidos*, se enfoca en una serie de acontecimientos mundiales fundamentales, y ofrece un marco para examinar la evolución de las relaciones exteriores de Estados Unidos en el curso del último siglo, teniendo presente la influencia del legado de los ideales fundacionales del país en lo relativo a la protección de los derechos individuales y la libertad.

Estados Unidos, al igual que otros países cuyas actividades tienen una proyección mundial, ha desempeñado un papel activo en los acontecimientos internacionales y también se ha visto influido por éstos. En ocasiones, hasta se ha visto forzado a desempeñar un papel al cual no ha optado.

Los editores de esta publicación reconocen que cualquier selección de “acontecimientos importantes” es, en última instancia, arbitraria, pero esperamos que los que figuran en este periódico ilustren el carácter estadounidense y estimulen el diálogo entre el público internacional.

Muchos de estos acontecimientos históricos han tenido un papel significativo a la hora de configurar la actual respuesta estadounidense a las crisis, las oportunidades y las complejas concesiones que entrañan las relaciones internacionales.

El deseo de vivir en una sociedad libre, con seguridad y en paz, y colaborando en armonía con aliados y socios comerciales hacia la prosperidad, es una de las dinámicas políticas perdurables de Estados Unidos y de la mayoría de los países. Pero Estados Unidos aborda también la política exterior con una mezcla singular de idealismo y realismo que combina la generosidad con el interés propio, sucede a las guerras defensivas con programas de recuperación económica, construye instituciones que posteriormente cede a otros y que procura

ayudar a otros a encontrar su propio camino hacia la democracia.

Walter Russell Mead, Scott Erwin y Eitan Goldstein, del Consejo de Relaciones Exteriores, analizan los numerosos acontecimientos e ideas que han dado forma a la evolución de las relaciones exteriores estadounidenses en los últimos cien años, y explican por qué tienen aún un impacto significativo en el mundo actual.

David Ellwood, de la Universidad de Bolonia y el Centro de Bolonia de la Universidad Johns Hopkins, examina el papel del Plan Marshall, posterior a la Segunda Guerra Mundial, en la recuperación económica y reconstrucción de Europa Occidental.

Warren I. Cohen, de la Universidad de Maryland, en el condado de Baltimore, investiga el impacto y la influencia del histórico reestablecimiento de relaciones diplomáticas con la República Popular China por el presidente Nixon en 1972.

Maarten Pereboom, de la Universidad de Salisbury, considera el importantísimo papel que el comercio y la economía han desempeñado históricamente en las relaciones exteriores de Estados Unidos.

Y Walter Laqueur, del Centro de Estudios Internacionales y Estratégicos, examina la manera en que Estados Unidos ha intentado ejercer el poder de manera responsable luego del fin de la Guerra Fría en 1991, a medida que el mundo ha intentado adaptarse al nuevo entorno de seguridad.

Estos y otros expertos comparten sus ideas en: *Acontecimientos importantes en las relaciones exteriores de Estados Unidos*. Bienvenido a este número del periódico electrónico.

Los editores



AGENDA DE LA POLÍTICA EXTERIOR DE ESTADOS UNIDOS

DEPARTAMENTO DE ESTADO DE ESTADOS UNIDOS / ABRIL DE 2006 / VOLUMEN 11 / NÚMERO 1

<http://usinfo.state.gov/pub/ejournalusa/spanish.html>

ACONTECIMIENTOS IMPORTANTES EN LAS RELACIONES EXTERIORES DE ESTADOS UNIDOS

4 Introducción

SECRETARIA DE ESTADO CONDOLEEZZA RICE

5 Estados Unidos: Inextricablemente ligado a países de todo el mundo

WALTER RUSSELL MEAD, INVESTIGADOR PRINCIPAL RESIDENTE HENRY A. KISSINGER DE POLÍTICA EXTERIOR DE ESTADOS UNIDOS DEL CONSEJO DE RELACIONES EXTERIORES, Y SCOTT ERWIN Y EITAN GOLDSTEIN, INVESTIGADORES ASOCIADOS DEL MISMO CONSEJO

La diplomacia estadounidense del siglo XX es, en gran medida, la historia de cómo los responsables de formular la política han tratado de encontrar el equilibrio justo entre los intereses nacionales y los ideales absolutos

9 El Canal de Panamá: Un enlace marítimo vital para el mundo

Construcción del canal y transferencia del control

12 La Guerra Fría: Una prueba del poder y los ideales de Estados Unidos

MICHAEL JAY FRIEDMAN, HISTORIADOR DE DIPLOMACIA ESTADOUNIDENSE Y REDACTOR DEL SERVICIO NOTICIOSO DESDE WASHINGTON, OFICINA DE PROGRAMAS DE INFORMACIÓN INTERNACIONAL, DEPARTAMENTO DE ESTADO DE ESTADOS UNIDOS DESPUÉS DE LA DERROTA DE ALEMANIA EN 1945 Y LA VASTA DESTRUCCIÓN CAUSADA POR LA GUERRA EN TODA EUROPA, ESTADOS UNIDOS Y LA UNIÓN SOVIÉTICA SURGIERON COMO LOS REPRESENTANTES DE FILOSOFÍAS, OBJETIVOS Y PLANES ANTAGÓNICOS E INCOMPATIBLES PARA LA RECONSTRUCCIÓN Y REORGANIZACIÓN DEL CONTINENTE.

17 El Plan Marshall: Una estrategia afortunada

DAVID W. ELLWOOD, PROFESOR ASOCIADO DE HISTORIA INTERNACIONAL DE LA UNIVERSIDAD DE BOLONIA, ITALIA, Y CONFERENCIANTE PROFESIONAL DEL CENTRO DE BOLONIA DE LA UNIVERSIDAD JOHNS HOPKINS.

El Programa de Reconstrucción Europea -mejor conocido como el Plan Marshall- no comenzó como un plan, y algunos de los veteranos dicen que nunca llegó a serlo, sin embargo, ha pasado a la historia como el proyecto estadounidense de política exterior de más éxito de todos los que se han realizado desde la Segunda Guerra Mundial

23 El Plan Marshall: Fotorreportaje

26 La crisis de Suez: Un suceso que cambió el equilibrio de poder en el Oriente Medio

PETER L. HAHN, CATEDRÁTICO DE HISTORIA DIPLOMÁTICA, UNIVERSIDAD DEL ESTADO DE OHIO, Y DIRECTOR EJECUTIVO DE LA SOCIEDAD DE HISTORIADORES DE LAS RELACIONES EXTERIORES DE ESTADOS UNIDOS

Este año se cumple el 50o aniversario de la crisis de Suez, en la que casi se desató una guerra regional entre Egipto, Israel, Gran Bretaña y Francia que pudo haber involucrado a la Unión Soviética y a Estados Unidos

30 La Exposición Universal e Internacional de Bruselas (Expo 1958)

La Exposición sirvió de telón de fondo de la Guerra Fría cultural entre Estados Unidos y la Unión Soviética.

31 **Nixon en China: Un momento decisivo en la historia del mundo**

WARREN I. COHEN, CATEDRÁTICO DISTINGUIDO DE HISTORIA E INVESTIGADOR DE TEMAS PRESIDENCIALES DE LA UNIVERSIDAD DE MARYLAND, EN EL CONDADO DE BALTIMORE

La victoria de los comunistas chinos en 1949, durante la guerra civil china, tuvo un fuerte impacto en Estados Unidos, pero para 1972, habían disminuido las tensiones y ambos países se vieron en la necesidad de normalizar relaciones.

35 **La diplomacia del ping-pong guió las relaciones sino-estadounidenses**

En un hecho insólito, unos juegos de ping-pong cambiaron la historia.

37 **El comercio y la economía como una fuerza en las relaciones exteriores de Estados Unidos**

MAARTEN L. PEREBOOM, CATEDRÁTICO DE HISTORIA Y PRESIDENTE DEL DEPARTAMENTO DE HISTORIA DE LA UNIVERSIDAD DE SALISBURY

Al surgir como líder mundial en el siglo XX, Estados Unidos, si bien continuó persiguiendo sus propios intereses económicos en el extranjero, recurrió a sus raíces en la época de la Ilustración y promovió los ideales de libertad, democracia y mercados abiertos, basándose en la creencia de que “el comercio libre entre naciones libres” tendría por resultado el mejoramiento a escala mundial de la condición humana..

41 **Después de la Guerra Fría**

WALTER LAQUEUR, COPRESIDENTE DEL CONSEJO DE INVESTIGACIÓN INTERNACIONAL DEL CENTRO DE ESTUDIOS INTERNACIONALES Y ESTRATÉGICOS

Con la conclusión de la Guerra Fría en 1989, tras el desmantelamiento del muro de Berlín, la recuperación de la independencia de los países de Europa Oriental y la desintegración final de la Unión Soviética, el mundo entero tuvo la sensación de que, por fin, la paz universal había descendido sobre la Tierra.

LECTURAS ADICIONALES

44 **Bibliografía (en inglés)**

46 **Recursos en la Internet (en inglés)**



Vídeo

Segmentos de video de acontecimientos importantes en las relaciones exteriores de EE.UU. (audio en inglés, texto en español)

Roosevelt: El Canal de Panamá

Churchill: La “cortina de hierro”

Truman: La Unión Soviética

Kennedy: La crisis de misiles de Cuba

Nixon en la Gran Muralla

Reagan: “Señor Gorbachov, ¡derribe este muro!”

<http://usinfo.state.gov/journals/itps/0406/ijps/ijps0406.htm>

INTRODUCCIÓN

En tiempos normales, cuando las ideas, instituciones y alianzas existentes son las adecuadas para encarar los desafíos del momento, el propósito del gobierno es dirigir y mantener el orden internacional establecido. Pero en tiempos extraordinarios, cuando el terreno mismo de la historia cambia debajo de nuestros pies, el objetivo de la función política es transformar nuestras instituciones y asociaciones para lograr propósitos nuevos a partir de principios duraderos.

Uno de estos momentos extraordinarios se originó en 1945, entre los escombros de uno de los cataclismos más grandes en la historia de la humanidad. La

Segunda Guerra Mundial destruyó por completo el viejo sistema internacional y le tocó a un grupo de estadistas estadounidenses - individuos como el presidente Harry Truman, los secretarios de Estado George C. Marshall (1947-1949) y Dean Acheson (1949-1953) y el senador Arthur Vandenberg - asumir las funciones de arquitectos y constructores de un mundo mejor.

Las soluciones a estos desafíos del pasado parecen perfectamente claras con medio siglo de perspectiva. Pero no estuvieron tan claras para los hombres y mujeres que vivieron en esos tiempos de cambio sin precedentes.

Después de todo, en 1946 la reconstrucción de Alemania estaba fracasando y los alemanes todavía pasaban hambre. Japón yacía postrado. En 1947, había guerra civil en Grecia. En 1948 se perdió Checoslovaquia por un golpe comunista. En 1949 se dividió Alemania, la Unión Soviética hizo explotar una bomba nuclear y los comunistas chinos ganaron su guerra civil. En 1950 se desató una guerra brutal en la península coreana.

Estos fueron no sólo reveses tácticos para el progreso de la democracia, sino que a medida que la cortina de hierro descendía sobre Europa y la Guerra Fría comenzaba a tomar forma, no era para nada evidente que la libertad y la franqueza iban a triunfar finalmente. Sin embargo, los estadistas de la época triunfaron magníficamente en la creación de doctrinas, la elaboración de alianzas y el establecimiento de instituciones que preservaron la libertad, contuvieron la expansión del comunismo y derivaron finalmente en el colapso de la Unión Soviética, el Pacto de Varsovia y la ideología marxista-leninista.

Entre 1989 y 1991, tuve la oportunidad de prestar servicios al final de la Guerra Fría como especialista de la Casa Blanca en asuntos soviéticos. Nada puede ser mejor que eso. Pude



Secretaria de Estado Condoleezza Rice

Departamento de Estado de Estados Unidos

participar en acontecimientos que mucha gente pensó que nunca ocurrirían: la liberación de Europa Oriental, la reunificación de Alemania y el comienzo del colapso pacífico de la propia Unión Soviética. Sucesos que un día parecían imposibles se desarrollaban rápidamente y días después parecían inevitables. Esa es la naturaleza de los tiempos extraordinarios. Y ahora me doy cuenta de que sólo estaba cosechando los frutos de las buenas decisiones que se habían tomado en 1947, 1948 y 1949.

Invitamos al lector a reflexionar sobre éstas y otras decisiones

diplomáticas críticas que han definido la política exterior de Estados Unidos. Una mirada a estos momentos extraordinarios puede ayudarnos a todos a lograr una perspectiva de los desafíos que encaramos en la actualidad.

El presidente Bush y yo consideramos que estamos nuevamente ante un momento extraordinario de la historia. La causa principal de los atentados del 11 de septiembre fue la expresión violenta de una ideología extremista mundial, una ideología arraigada en la opresión y la desesperación del Oriente Medio moderno. Nuestra respuesta, por lo tanto, debe ser amplia y orientada hacia el futuro. Debemos esforzarnos por eliminar la fuente misma del terrorismo y ayudar a los hombres y mujeres de esa atribulada región a transformar sus propias vidas y países.

Sabemos que la marcha de la democracia no es fácil. Nuestra propia historia es la de un pueblo imperfecto que ha luchado durante siglos para estar a la altura del noble ideal de los principios democráticos. Al contemplar a otros que también están luchando, les debemos nuestro respeto y nuestra confianza en que ellos también podrán lograr sus aspiraciones.

De la misma manera en que aquellos magníficos arquitectos de la era posterior a la Segunda Guerra Mundial ayudaron a echar los cimientos de los triunfos democráticos de nuestros días, nosotros tomamos hoy decisiones que tendrán resonancia en las décadas venideras. Si tenemos éxito, pasaremos a quienes nos sigan una base sobre la cual construir un mundo de esperanza, un mundo en el que reinen la paz y la libertad.

Condoleezza Rice
Secretaria de Estado

ESTADOS UNIDOS

Inextricablemente ligado a países de todo el mundo

WALTER RUSSELL MEAD, SCOTT ERWIN Y EITAN GOLDSTEIN

Es, por tanto, obvio que un idealismo perdurable conforma el carácter de la política exterior de Estados Unidos. Pero es sólo parte de un proceso dinámico y complejo. Debe equilibrarse constantemente con calculados imperativos estratégicos.

Walter Russell Mead es investigador principal residente Henry A. Kissinger de Política Exterior de Estados Unidos, y Scott Erwin y Eitan Goldstein son investigadores asociados del mismo consejo.

El ex secretario de Estado Henry Kissinger ha dicho que la política exterior de Estados Unidos se caracteriza por sus oscilaciones entre un idealismo de cruzada y un aislacionismo intermitente. Esta dicotomía familiar —un país que alternativamente arremete contra molinos de viento o entierra cínicamente su cabeza colectiva en la arena— aunque pulcra, a fin de cuentas impide ver las corrientes que por largo tiempo han orientado la política de Estados Unidos. La creencia de que los Estados Unidos están singularmente destinados a fomentar la propagación de la democracia, los mercados libres y la libertad individual ha sido un elemento permanente del encuentro de Estados Unidos con el mundo. Por supuesto, los formuladores de política han expresado opiniones discordes en cuanto a los medios de alcanzar esos objetivos o la capacidad de Estados Unidos de realizar dicho cambio. Pero los dirigentes estadounidenses de todas tendencias políticas han venido manteniendo por largo tiempo que el éxito del proyecto estadounidense depende, en gran medida, de lo que acontece en el resto del mundo.

Que rivales tan enconados como los presidentes Woodrow Wilson (1913-1921) y Theodore Roosevelt (1901-1909) compartieran puntos de vista igualmente expansivos de los intereses estadounidenses en el mundo, en la creencia de que la suerte de Estados Unidos estaba inextricablemente ligada al carácter y la conducta de países de todo el mundo, pone de relieve lo generalizado de esta visión del mundo. Mientras Wilson afirmaba: “Somos participantes, querámoslo o no, de la vida del mundo... Lo que afecta a la humanidad es, inevitablemente, asunto nuestro...”, la idea de Roosevelt del papel mundial de

Estados Unidos no era menos transcendental: “Existe algo que es la moral internacional. Yo adopto esta postura como estadounidense... que se esfuerza lealmente por servir a los intereses de su propio país, pero que también se esfuerza por hacer lo que esté en su poder por la justicia y la decencia respecto a la humanidad en general, y que, por tanto, se siente obligado a juzgar a todos los países por su conducta en cualquier ocasión dada.” Por consiguiente, es obvio que un idealismo perdurable conforma el carácter de la política exterior de Estados Unidos. Pero es sólo parte de un proceso dinámico y complejo. Debe contrarrestarse constantemente con calculados imperativos estratégicos. Roosevelt justificaba estas exigencias y las avenencias a las que habría que llegar necesariamente, con la advertencia de que “al tratar de alcanzar un noble ideal tenemos que emplear métodos prácticos; y si no lo podemos alcanzar de un salto, debemos avanzar paso a paso, razonablemente satisfechos mientras sigamos avanzando por el camino que nos hemos trazado”. Así pues, más bien que como bandazos entre aislacionismo e intervención, los asuntos exteriores estadounidenses se pueden comprender mejor como reflejo de la tensión constante entre sus ideales e intereses en pugna.

La diplomacia estadounidense del siglo XX es, por consiguiente, la historia de cómo los responsables de formular la política han tratado de encontrar el punto justo entre intereses nacionales e ideales absolutos. La secretaria de Estado Condoleezza Rice recientemente se refirió a este equilibrio al observar: “La política estadounidense siempre ha tenido ...una vena de idealismo... No se trata simplemente de llegar a cualquier solución a mano, sino que tiene en cuenta un conjunto de principios y valores. Por tanto, la responsabilidad de todos nosotros es tomar las políticas arraigadas en estos valores y hacer que funcionen en el día a día para avanzar siempre hacia el logro de un objetivo... Es la conexión, la conexión de política operativa cotidiana entre estos ideales y los resultados de política”. Rice, al definir el método del gobierno como ‘idealismo práctico’, ha señalado, con la misma claridad que cualquiera de sus predecesores, la clave del conflicto al que se enfrenta Estados Unidos en sus relaciones con el mundo en el siglo XX. En ocasiones críticas del siglo pasado, el



El presidente Woodrow Wilson



El presidente Theodore Roosevelt

conflicto entre los intereses e ideales de Estados Unidos se ha perfilado claramente. En esos momentos, la política exterior de Estados Unidos ha demostrado optimismo utópico y pragmatismo despiadado, con frecuencia simultáneamente.

El nombre de Woodrow Wilson ha pasado a ser sinónimo del idealismo estadounidense. Su determinación de “hacer el mundo más seguro para la democracia” galvanizó al público estadounidense y, así, un país, antaño aislacionista, entró en la Primera Guerra Mundial. La campaña del antiguo profesor a favor de la autodeterminación tuvo una calurosa acogida entre los nacionalistas de todo el mundo y al propio Wilson se le llegó a considerar casi como una figura mesiánica. Un periodista del *Washington Post* que informaba de la revuelta de Egipto contra el dominio británico en la primavera de 1919, señaló que los nacionalistas egipcios actuaban “impulsados por los ideales wilsonianos” y observó que “mientras los alborotadores marchan y se amotinan, van gritando los preceptos de Wilson”. Los nacionalistas egipcios invocaron el credo de Wilson al suplicar al Senado de los EE.UU. que apoyase la independencia de Egipto. Wilson, no obstante, rechazó sus súplicas y reiteró el apoyo de Estados Unidos al dominio británico en Egipto. Aunque el apoyo estadounidense a la libertad durante y después de la guerra, en general, no pasó de ser retórico, la doctrina de Wilson resultó ser esencial para la propagación de la democracia en el siglo XX.

Sin embargo, la cruzada de Wilson estaba aunada a un obstinado realismo. Por ejemplo, si bien deploraba el duro trato que según los informes estaban sufriendo los armenios de manos de los turcos, Wilson resistió clamorosas demandas de declarar la guerra a Turquía por temor a poner en peligro la presencia de misioneros estadounidenses en el Oriente Medio. De hecho, la decisión de Estados Unidos de no enviar tropas para respaldar al naciente estado armenio a raíz de la Primera Guerra Mundial contribuyó a la rápida desaparición de Armenia. La manera de Wilson de abordar la guerra también desmentía cualquier atisbo de idealismo. Toda la fuerza de la máquina bélica de Estados Unidos tenía que entrar en juego, como declaró el presidente “fuerza sin límite

ni medida”. De este modo, en la actuación de Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial vemos una estrategia animada por una combinación de intereses estrechamente definidos y principios estadounidenses profundamente arraigados.

La experiencia de Estados Unidos en la Segunda Guerra Mundial demostraría con aún más claridad el conflicto entre los valores y las exigencias geopolíticas del país. Casi un año antes del ataque japonés contra Pearl Harbor, el presidente Franklin Delano Roosevelt (FDR) (1933-1945) pronunció su famosa alocución de las cuatro libertades, en la que declaraba que los seres humanos “en todas partes del mundo” tenían derecho a la libertad de expresión, la libertad de confesión, el derecho a no padecer necesidades y el derecho a no estar sujetos al miedo. Estos principios se convirtieron en un grito de guerra en Estados Unidos al hacer su entrada en la Segunda Guerra Mundial y dio al estadounidense medio un marco ideológico para la lucha. No obstante, mientras el artista Norman Rockwell immortalizaba las cuatro libertades en una serie de ilustraciones publicadas en el *The Saturday Evening Post*, Roosevelt estaba negociando una asociación con el régimen totalitario de la Unión Soviética. La Rusia de José Stalin, víctima de sangrientas purgas, juicios de pantomima y



El buque de guerra USS West Virginia poco después del ataque a Pearl Harbor, Hawái, 7 de diciembre de 1941.

hambrunas organizadas por el Estado, difícilmente podía considerarse un aliado para promover los principios propugnados por Roosevelt.

En julio de 1941 Roosevelt envió a su asesor de confianza, Harry Hopkins, en un largo viaje a Rusia para evaluar el compromiso de Stalin y su viabilidad como socio estratégico.



El presidente Franklin Delano Roosevelt (a la derecha) con su vicepresidente, Harry S Truman, en la Casa Blanca, en 1944.

Hopkins señaló el conflicto ideológico que suponía entrar en una alianza con la Unión Soviética; la visita había puesto de relieve “la diferencia entre democracia y dictadura”, informó a Roosevelt. En respuesta, el presidente concedió mil millones de dólares en ayuda a la Unión Soviética, como adelanto de lo que sería una corriente masiva de dádivas estadounidenses, y autorizó la producción de una serie de películas de propaganda para su proyección en los Estados Unidos, en las que se presentaba a Stalin como una persona decente y se justificaban los excesos violentos de la Unión Soviética. El deseo de Roosevelt de mantener la alianza de Estados Unidos y la Unión Soviética obligó al presidente a buscar soluciones intermedias en el compromiso que había contraído de apoyar la autodeterminación en el extranjero. Al considerar el eclipse de los valores tradicionales estadounidenses en aras de intereses estratégicos, el presidente George W. Bush se lamentaba de que la diplomacia de Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial tratara de “sacrificar la libertad en nombre de la estabilidad”.

El hecho de que Roosevelt abrazara a la Unión Soviética no significa que se arrojara por la borda los ideales estadounidenses. Aunque FDR había alineado a Estados Unidos con un régimen brutal, también aprovechó la oportunidad para avanzar la causa de la democracia y la autodeterminación al sentar las bases de un orden internacional en consonancia con los ideales estadounidenses. Para gran decepción de sus aliados europeos, FDR era un enemigo declarado del imperialismo y trató de hacer a británicos y franceses abandonar sus remotas colonias. En una cena con el dirigente de Marruecos, durante la Conferencia de Casablanca de

1943, Roosevelt ofreció su apoyo a la independencia marroquí en presencia de Churchill que, sentado frente a él, escuchaba encolerizado y temeroso por el futuro de las colonias británicas. Además, Roosevelt denunció el dominio británico en África Occidental y el gobierno francés en Indochina como incompatibles con los objetivos bélicos declarados de los aliados. Roosevelt aspiraba, asimismo, a rectificar los errores del decepcionante armisticio de la Primera Guerra Mundial. Concibió una organización internacional que asegurase realmente la seguridad colectiva y evitase las perspectivas de otra conflagración mundial. Aunque el establecimiento de las Naciones Unidas le correspondería a su sucesor, la estructura original de la organización reflejaba en alto grado el ideal de FDR. Así pues, durante la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos demostró un sentido práctico al aliarse con una dictadura represiva y mantener, al mismo tiempo, el compromiso estratégico para promover los valores estadounidenses.

Inmediatamente después del implausible ascenso de Harry Truman a la presidencia, a la muerte de FDR en 1945, el antiguo camisero se vio obligado a enfrentarse a enormes dificultades. Para empezar, Truman tenía poco en que parecerse a su distinguido y aristocrático predecesor. Producto de las asperezas del aparato político y autodidacta, Truman, al igual que Roosevelt antes que él, adoptó una política caracterizada por una amalgama de intereses e ideales nacionales. El mismo año que Truman ordenó la destrucción sin precedentes de las ciudades japonesas Hiroshima y Nagasaki, aclamó la Carta de las Naciones Unidas como “una causa profunda de agradecimiento a Dios todopoderoso”. El sincero respaldo del presidente a una organización “resuelta a preservar a las generaciones venideras del flagelo de la guerra”, visto contra el fondo de la “guerra inmisericorde” de Estados Unidos contra Japón, ilustra la conjunción de noble idealismo y realismo despiadado que caracterizó a la política exterior de Estados Unidos en el siglo XX.

Truman, tal vez más que cualquier otro presidente estadounidense del siglo, supo conciliar los intereses e ideales del país. El Plan Marshall, ingente programa de socorro para la agobiada Europa de la posguerra, dio nueva vida a las moribundas economías del continente, al mismo tiempo que opuso resistencia al avance comunista. La insistencia del programa en la libre empresa provocó la eliminación de las barreras económicas en Europa, lo que dio lugar a una rápida recuperación y contribuyó a sentar las bases de la integración europea. Elogiado por Winston Churchill como “el acto más magnánimo de la historia”, el Plan Marshall, de manera providencial, aunque sólo temporalmente, reconcilió la tensión entre las limitaciones



Los ex presidentes George H.W. Bush (a la izquierda) y Bill Clinton en la Casa Blanca, en 2005.

estratégicas estadounidenses y sus valores profundamente arraigados. Durante los decenios siguientes de la Guerra Fría, los formuladores de política de Estados Unidos rara vez consiguieron aunar principios y consideraciones prácticas, y, con más frecuencia, se impuso el realismo cerebral.

La desaparición de la Unión Soviética y el aparente triunfo de la democracia liberal no auguraron el fin del conflicto entre los intereses e ideales de Estados Unidos. Las relaciones del país con China en el decenio de 1990 demostraron la permanencia de esta ineludible tensión. El presidente Bill Clinton (1993-2001) asumió el poder en un momento difícil en las relaciones sino-estadounidenses, después de la venta en 1992 de aviones de combate F-16 a Taiwán por la primera administración [George H.W.] Bush. Las sanciones por la matanza en la Plaza de Tiananmen y el clamor de miembros de su propio partido a favor de una política más dura contra las continuas violaciones de los derechos humanos en China agravaron más las relaciones y, en 1993, obligaron al presidente a firmar un decreto ejecutivo por el que se condicionaba la renovación de la condición de país más favorecido de China a la situación de los derechos humanos en aquel país. Con asistencia del Dalai Lama y Chai Ling, uno de los dirigentes del levantamiento de Tiananmen, en la ceremonia de firma, el jefe de la mayoría en el Senado George Mitchell exclamó triunfalmente: “Por primera vez desde los acontecimientos de la Plaza de Tiananmen, ya hace cerca de cuatro años, tenemos un presidente que está dispuesto a actuar a favor de un cambio positivo”.

Este noble idealismo pronto sucumbió, víctima de una confluencia de factores —intereses comerciales de Estados Unidos en China, presiones del Pentágono en

vista de la amenaza de crisis por los ensayos nucleares de Corea del Norte y una serie de agrias confrontaciones públicas con Pekín— que indujo a Clinton a dar marcha atrás a su política comercial respecto a China. Con la justificación de que los ideales del país estarían mejor servidos con la integración de China en la economía mundial, el presidente adoptó una política de acercamiento y, en mayo de 1994, eliminó la vinculación de los derechos humanos de dicho país de su condición comercial. El secretario del Tesoro Robert Rubin justificó este cambio de política con el argumento de que redundaba en el interés de

(AP/WIDEWORLD)

Estados Unidos “contribuir a acelerar la integración de la economía china en la economía mundial... Que quede bien claro: tenemos serios desacuerdos con China en derechos humanos, libertad religiosa y asuntos económicos y de seguridad... La cuestión es cuál es la mejor forma de promover nuestros intereses y creencias. Estimamos que el acercamiento es el medio más probable de avanzar en todas las dificultades que tenemos con China”. En el otoño de 1996, el presidente Clinton inició una campaña que duró tres años para conseguir la entrada de China en la Organización Mundial de Comercio. La entrada de China en la economía mundial —generalmente considerada como el mayor triunfo de política exterior de Clinton— no fue fácil y constituyó otro ejemplo de ideales e intereses estadounidenses en pugna.

El discurso del presidente George W. Bush con motivo de su segunda investidura demostró hasta qué grado la pertinaz tensión entre ideales e intereses había definido la política del país. Al proclamar: “Los intereses vitales e Estados Unidos y nuestras más profundas creencias son ahora uno”, el presidente se propone armonizar efectivamente fuerzas contrarias. Pero el conflicto entre valores e imperativos estratégicos no siempre se puede resolver tan fácilmente; no obstante la retórica presidencial, aliados claves de Estados Unidos como Pakistán y Arabia Saudita suelen gobernar a contrapelo de la ética estadounidense. Al igual que en el pasado, mantener un equilibrio entre intereses vitales y fidelidad a los ideales patrios seguirá siendo la tarea principal de los dirigentes estadounidenses en el siglo XXI. ■

Las opiniones expresadas en este artículo no reflejan necesariamente los puntos de vista ni las políticas del gobierno de Estados Unidos

EL CANAL DE PANAMÁ

Un enlace marítimo vital para el mundo

El paso del buque *S.S. Ancon* por el istmo de Panamá, el 15 de agosto de 1914, anunció la transformación del continente americano y la creación de un enlace marítimo vital para el mundo entero. El escritor estadounidense David McCullough dijo en la obra que escribió acerca del canal, que la construcción del canal que unió a los océanos Atlántico y Pacífico fue más que una vasta proeza de ingeniería sin precedentes. Su construcción fue de enorme importancia histórica, similar a la de una guerra, y ha impactado las vidas de decenas de miles de personas, cualquiera que fuese su clase, y de prácticamente todas las razas y nacionalidades.

La primera idea del canal data de principios del siglo XVI, cuando Carlos V, emperador del Sacro Imperio Romano y rey de España, propuso que un canal podría acortar las rutas hacia y desde Ecuador y Perú. Sin embargo, el primer intento para construirlo comenzó en 1880, bajo la dirección de un consorcio encabezado por franceses, similar al que fue creado para construir el Canal de Suez. El proyecto acabó en el fracaso y Estados Unidos intervino para terminar la construcción. En 1902, el Senado de Estados Unidos consideró una ley para construir un canal en Nicaragua, en lugar de Panamá, pero una enmienda planteada por el senador John Spooner de Wisconsin, primó sobre el Senado. La Cámara de Representantes aprobó en forma expeditiva el proyecto legislativo, que el presidente Theodore Roosevelt (1901-1909) firmó y convirtió en ley. Después de considerables problemas en negociar un tratado con Colombia, que en ese tiempo controlaba a Panamá, Estados Unidos obtuvo finalmente, en 1904, aprobación del nuevo gobierno independiente de Panamá para construir el canal.

La construcción del canal se completó en 1914. El canal mide aproximadamente 77 kilómetros de largo y consta de dos lagos artificiales, varios canales mejorados y canales artificiales y tres sistemas de esclusas. Un lago artificial adicional, el Alajuela, actúa como embalse del canal. El canal es un conducto principal para el transporte marítimo internacional, y por él pasan más de 14.000 buques por año, transportando más de 203 millones de toneladas de cargamento. El canal en forma de una S conecta el Golfo de Panamá, en el Océano Pacífico, con el Mar Caribe y el Océano Atlántico.



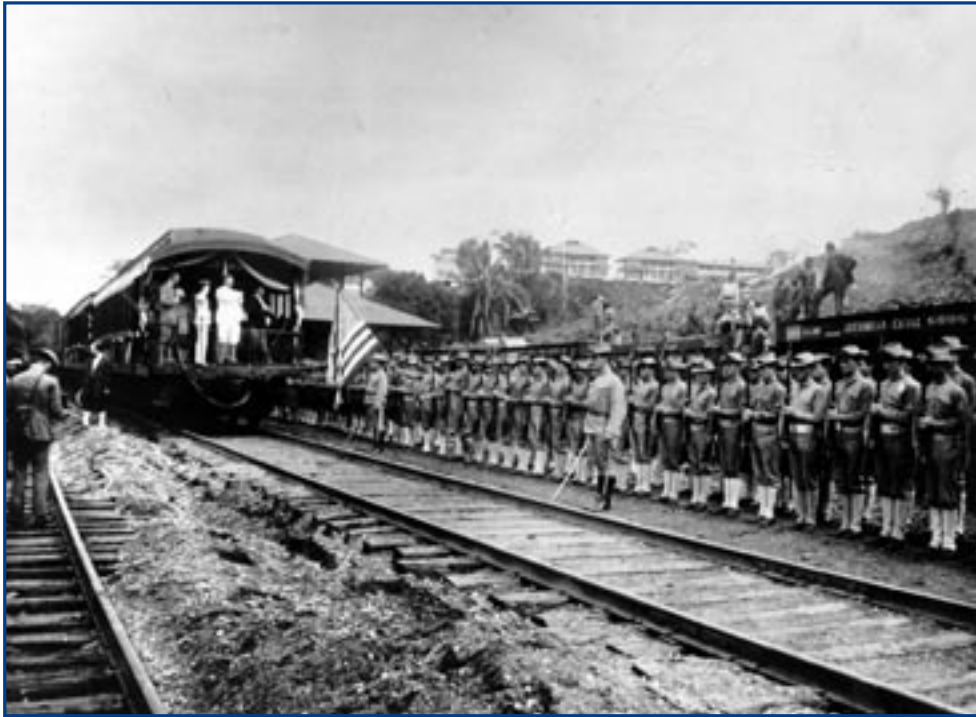
El presidente Theodore Roosevelt (en el centro) prueba el funcionamiento de una excavadora mecánica en el brazo Culebra durante la construcción del Canal de Panamá, proyecto que él defendió, en noviembre de 1906. Su visita a Panamá le convirtió en el primer presidente estadounidense en viajar al exterior. AP/WWP

Durante su construcción murieron aproximadamente 27.500 trabajadores, de un total de más de 80.000 trabajadores empleados por la empresa francesa y, más tarde, la estadounidense, principalmente por causa de dos enfermedades tropicales: la malaria y la fiebre amarilla. La labor investigadora del doctor militar Walter Reed derivó en la creación de una vacuna contra la fiebre amarilla que, junto con nuevas técnicas de medicina preventiva, erradicó la enfermedad en la zona.

El valor principal del canal radica en que acorta el tiempo que se necesita para llegar de un océano a otro. Antes de su construcción, los barcos tenían que navegar por el Cabo de Hornos, en el extremo sur del continente americano, recorriendo una distancia de 22.500 kilómetros desde Nueva York hasta San Francisco. Hoy, esa misma distancia a través del canal es de 9.500 kilómetros.

En 1974 se iniciaron negociaciones para resolver las reivindicaciones panameñas, expresadas después de la Segunda Guerra Mundial, que afirmaban que el canal pertenecía legítimamente a Panamá. Las negociaciones tuvieron por resultado el Tratado Torrijos-Carter. El presidente Jimmy Carter (1977-1981) y el presidente panameño Omar Torrijos firmaron el tratado el 7 de septiembre de 1977. El canal fue transferido finalmente el 31 de diciembre de 1999. ■

La construcción del canal



AP/WWP

El presidente Theodore Roosevelt, vestido de blanco, en la plataforma trasera del tren, pasa revista a las tropas estadounidenses en la Zona del Canal de Panamá durante una inspección de las obras de construcción del canal en noviembre de 1906.

Imagen de las esclusas de Pedro Miguel durante la construcción en la Zona del Canal de Panamá, el 9 de junio de 1912. El canal, que mide 77 kilómetros de largo y que fue inaugurado el 14 de agosto de 1914 y consta de seis esclusas, se convirtió en un atajo para la navegación marítima a través de Centroamérica. El canal costó aproximadamente 352 millones de dólares y en él trabajaron unos 40.000 obreros..



AP/WWP

Transferencia del control

Un buque de carga pasa por la esclusa de Miraflores, del lado del océano Pacífico, el 13 de diciembre de 1999. El entonces presidente Jimmy Carter representó a Estados Unidos en la ceremonia de transferencia del canal a control panameño, que entró en vigor el 31 de diciembre de 1999.



AP/WWP



Cortesía: Biblioteca Jimmy Carter

Los entonces presidentes Jimmy Carter (izquierda) y el presidente panameño Omar Torrijos durante la firma del Tratado del Canal de Panamá, el 7 de septiembre de 1977. Estados Unidos acordó en transferir a Panamá el control del canal el 31 de diciembre de 1999.

El ministro de Relaciones Exteriores panameño José Miguel Alemán (izquierda), el ministro del Canal de Panamá Ricardo Marinelli, la presidenta panameña Mireya Moscoso, el secretario del Ejército de Estados Unidos y presidente de la Comisión del Canal de Panamá Louis Caldera, y el embajador de Estados Unidos Simon Ferro, durante las ceremonias de transferencia del Canal de Panamá a control panameño, el 31 de diciembre de 1999. Estados Unidos había controlado el canal desde su apertura en agosto de 1914.



AP/WWP

LA GUERRA FRÍA

Una prueba del poder y los ideales de Estados Unidos

MICHAEL JAY FRIEDMAN



El destructor *Barry* de la Armada de Estados Unidos se detiene junto al buque ruso de carga *Anosov* en el Océano Atlántico el 10 de noviembre de 1962, con el objetivo de inspeccionar su cargamento mientras que, sobre ellos, se observa un avión de reconocimiento. El barco soviético transportaba un cargamento de misiles que se retiraban de Cuba al concluir la crisis de los misiles.

La Guerra Fría fue ante todo una guerra de ideas, una lucha sobre cuál sería el principio organizador de la sociedad humana, una competición entre el liberalismo y el colectivismo forzado. Para Estados Unidos, la Guerra Fría fue la primera incursión que hiciera como nación en el terreno de la política de las grandes potencias y para ello fue necesario que el pueblo estadounidense afrontara, si bien no siempre a su entera satisfacción, sus propios sentimientos encontrados sobre el mundo exterior: por una parte, el deseo de mantenerse aislado y, por otra, el de ser el paladín de la libertad de otros pueblos, por motivos tanto altruistas como de su propio interés.

Michael Jay Friedman es redactor del Servicio Noticioso desde Washington e historiador de la diplomacia estadounidense.

Se puede decir que la Guerra Fría tuvo su inicio en 1917, con la aparición en Rusia de un régimen revolucionario bolchevique dedicado a propagar el comunismo por todo el mundo industrializado. Para Vladimir Lenin, líder de esa revolución, éste era un objetivo imperioso. Como escribió en su Carta Abierta a los Obreros de Estados Unidos, en agosto de 1918: “Nos encontramos ahora, tal como están las cosas, en una fortaleza asediada en espera de que otros destacamentos de la revolución socialista mundial acudan en nuestra ayuda”.

Los gobiernos occidentales solían ver el comunismo como un movimiento internacional cuyos partidarios no juraban fidelidad a su país, sino al comunismo transnacional aunque, en la práctica, recibían órdenes de Moscú a quien debían lealtad.

En 1918, Estados Unidos participó brevemente y de forma poco entusiasta en un intento de los aliados por derrocar el régimen revolucionario soviético. La sospecha y la hostilidad caracterizaban de esta manera las relaciones entre los soviéticos y Occidente mucho antes de que la Segunda Guerra Mundial los convirtiera en aliados reticentes en la lucha



El primer ministro británico Winston Churchill pronuncia un discurso en Westminster College en Fulton, Misuri, el 5 de marzo de 1946, que en pocas palabras definió la influencia soviética sobre Europa Oriental al decir que había caído una "cortina de hierro" sobre Europa.

contra la Alemania nazista.

Después de la derrota de Alemania en 1945 y la vasta destrucción causada por la guerra en toda Europa, Estados Unidos y la Unión Soviética surgieron como los representantes de filosofías, objetivos y planes antagónicos e incompatibles para la reconstrucción y reorganización del continente. Las acciones de los soviéticos se derivaban de una combinación entre el compromiso ideológico y el realismo geopolítico. En honor a la verdad, el ejército soviético había luchado el grueso de la batalla, sostenido más bajas en el frente europeo y liberado gran parte de Europa Central y Oriental de las garras de Adolf Hitler. Pero rápidamente se hizo evidente que Moscú insistiría no sólo en establecer regímenes comunistas en la región, sino también otros gobiernos que respondieran directamente a los soviéticos, no obstante los deseos de los polacos y checos, además de los rumanos, búlgaros y otros europeos orientales.

La perspectiva desde Washington era muy diferente. Los líderes estadounidenses pensaban que el estado de aislacionismo político que mantuvo Estados Unidos después de la Primera Guerra Mundial había sido un error de gran magnitud, tanto era así que posiblemente contribuyó al auge de Hitler y casi tuvo como consecuencia la dominación del continente europeo por una sola potencia hostil que

podía amenazar la seguridad de la nación estadounidense. Y ahora, con las fuerzas soviéticas desplegadas en la mitad del continente y los comunistas afianzados en Francia, Italia y, sobre todo, Alemania, los formuladores de política de Estados Unidos tenían motivos para sentir recelo.

El liberalismo, el individualismo y la relativa espontaneidad que se vivían en Estados Unidos contrastaba marcadamente con la represión política y la planificación centralizada de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas en el momento en que ambas naciones entablaban su rivalidad para conseguir la lealtad de Europa, y la de las nuevas naciones independientes de los controles del colonialismo.

LA GUERRA FRÍA EN EUROPA

El esfuerzo de Estados Unidos por "contener" el poder soviético detrás de las fronteras de la posguerra, constó de dos etapas abarcadoras: primero, una gestión urgente dirigida a revivir la economía y política de Europa y, por tanto, a aumentar su capacidad y fortalecer su disposición para resistir futuros avances soviéticos y, más tarde, un esfuerzo por mantener la credibilidad del compromiso de Estados Unidos de defender en la era nuclear a sus aliados europeos.

Dos iniciativas tempranas demostraron la determinación de Estados Unidos de reconstruir y defender la Europa no comunista. En 1947, cuando Gran Bretaña informó a Washington de que no podía seguir proporcionando ayuda financiera a los gobiernos de Grecia y Turquía contra las guerrillas comunistas, el presidente Harry S. Truman (1945-1953) obtuvo una asignación de 400 millones de dólares para ese fin. Más definitiva aún fue la Doctrina Truman que establecía un compromiso sin límites a "apoyar a los pueblos libres que están resistiendo los intentos de subyugación por minorías armadas o presiones externas". El siguiente año, el Plan Marshall envió ayuda económica por valor de trece mil millones de dólares a las economías de Europa Occidental. Por otra parte, la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), establecida en 1949, comprometía formalmente a Estados Unidos con la defensa de Europa Occidental en su primera "alianza atrapadora" oficial, una situación contra la que había advertido el primer presidente de Estados Unidos, George Washington (1789-1797).

La OTAN fue una respuesta a la superioridad de las fuerzas convencionales militares soviéticas en Europa. Al final de la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos llevó a cabo el más rápido repliegue de fuerzas militares de su historia y redujo su ejército de unos 8,3 millones de efectivos en 1945 a apenas 500.000 en 1948.

El Ejército Rojo mantuvo una presencia más numerosa en el corazón de Europa y era consabida su capacidad de invadir rápidamente a Europa Occidental, si así lo decidieran Stalin o



Alemanes orientales y occidentales frente al muro de Berlín en la puerta de Brandenburgo el 10 de noviembre de 1989. Este momento simbolizó el comienzo del final de la Guerra Fría en Europa.

sus sucesores. En tal caso, los planes militares de Estados Unidos requerían tomar represalias con armas atómicas, y más tarde, armas nucleares, pero los aliados europeos de Estados Unidos —cuyos territorios serían necesariamente el blanco de las bombas— adoptaron una actitud de comprensible desconfianza.

Una vez que los soviéticos obtuvieron sus propias armas atómicas (1949) y nucleares (1953), muchos europeos se preguntaron si Estados Unidos les defendería contra un ataque soviético si Moscú, a su vez, desataba un holocausto nuclear en ciudades estadounidenses. ¿Sacrificaría Washington a Nueva York para defender a París, Londres o Bonn?

La Guerra Fría en Europa giró en torno a esta cuestión. La presión ejercida por los soviéticos en Berlín occidental —un enclave occidental dentro la Alemania oriental comunista y, por consiguiente, imposible de defender militarmente— tenía como propósito subrayar la precariedad de su situación a los europeos occidentales. La respuesta estadounidense a esa presión —que incluyó el puente aéreo de Berlín en 1948 por el que la Fuerza Aérea de Estados Unidos entregó alimentos y otros artículos de primera necesidad a la ciudad bajo bloqueo soviético, la declaración del presidente John F. Kennedy en 1963 de que “todos los hombres libres, dondequiera que vivan, son ciudadanos de Berlín... “Ich bin ein Berliner” y el desafío lanzado por el presidente Ronald Reagan en 1987: “Señor Gorbachov, derribe este muro”— confirman el reconocimiento de Estados Unidos de que Berlín era un importante símbolo del vínculo transatlántico y de la determinación estadounidense de defender a sus aliados europeos.

La última gran crisis de la Guerra Fría europea fue otro esfuerzo soviético destinado a separar a los aliados occidentales.

En 1975, Moscú introdujo misiles de crucero de alcance intermedio SS-20 con capacidad de llegar a objetivos en Europa Occidental, pero no en Estados Unidos. La acción dio paso a que los europeos se cuestionaran nuevamente si Estados Unidos tomaría represalias por un ataque a Europa cuya consecuencia sería una guerra nuclear de destrucción mutua entre Estados Unidos y la URSS. La alianza de la OTAN decidió rectificar el equilibrio de fuerzas al negociar con los soviéticos el retiro de todas las armas de alcance intermedio, bajo amenaza del despliegue por parte de Estados Unidos de misiles Pershing II y misiles de crucero lanzados desde tierra en Europa si Moscú no retiraba sus misiles SS-20.

Muchos europeos occidentales se oponían a estas contramedidas. Sus acciones respondían a una serie de motivos y creencias, pero el movimiento comunista internacional también contribuyó a organizar y a alentar a elementos del “movimiento pacifista” con la esperanza de obligar a los europeos occidentales a avenirse políticamente a la superioridad militar soviética. Luego de un voto trascendental en noviembre de 1983 en el Parlamento de Alemania Occidental, se procedió al despliegue de misiles estadounidenses.

En diciembre de 1987, el presidente Ronald Reagan (1981-1989) y el secretario general Mijaíl Gorbachov (1985-1991) firmaron el Tratado de eliminación de misiles de alcance intermedio y de menor alcance. La incapacidad de la Unión Soviética de hendir una cuña entre Estados Unidos y sus aliados europeos fue un factor determinante en la conclusión de la Guerra Fría.

LA GUERRA FRÍA EN LA “PERIFERIA”

En 1947, el diplomático estadounidense George Kennan enunció los principios básicos de la estrategia de Estados Unidos en la Guerra Fría: “una política de contención, elaborada para hacer frente a los rusos con una fuerza contraria e inalterable en cada sitio donde veamos señales de su intervención en los intereses de un mundo pacífico y estable”. A la larga, esta política a menudo prevalecía y frecuentemente chocaba con el deseo real de Washington de apoyar la descolonización y vincularse con los nuevos estados independientes de África, Asia y Oriente Medio, un área que los estrategas a menudo denominaban la “periferia”, mientras que Europa seguía siendo el escenario central de la Guerra Fría.

Al concluir la Segunda Guerra Mundial, los formuladores de política de Estados Unidos ya preveían la ruptura de los antiguos imperios coloniales europeos y esperaban forjar amistades con estos nuevos países. Estados Unidos trabajó con empeño para evitar que se reafirmara la autoridad holandesa sobre Indonesia, y hasta amenazó en 1949 con retener fondos del Plan Marshall hasta que los Países Bajos reconocieran la independencia de ese archipiélago. Por motivos similares, el

presidente Dwight D. Eisenhower obligó en 1956 a Francia, Inglaterra e Israel a poner fin a sus respectivas ocupaciones del Canal de Suez y de la Península del Sinaí.

Sin embargo, la política estadounidense no se aplicaba conforme a un patrón fijo en la periferia. En algunos casos, como fue el de Filipinas en 1986, Washington se puso del lado de las fuerzas populares, actuando en contra de un régimen pro estadounidense. En otros casos, los líderes estadounidenses detectaron rápidamente la influencia comunista detrás de movimientos nacionalistas y comenzaron a ver a los países como fichas de “dominó”: si uno “caía” bajo la influencia soviética, se daba por sentado que sus vecinos correrían la misma suerte.

La “teoría dominó” explica la más desastrosa intervención de Estados Unidos en la periferia: Vietnam. Luego de la rendición de los japoneses en 1945, las gestiones de los franceses para reafirmar su autoridad colonial en Vietnam fueron recibidas por una oposición tenaz. Los formuladores de política de Estados Unidos estuvieron tentados a instar a París a que se retirara de Indochina, tal como habían ayudado a la salida de los holandeses de Indonesia. Sin embargo, los líderes franceses advirtieron que la pérdida de su imperio podría ocasionar la subyugación de Francia al comunismo. Washington no estaba dispuesta a correr ese riesgo. Poco a poco, primero con el apoyo a los franceses, la gradual asignación de instructores estadounidenses y luego soldados —casi 550.000 para mediados de 1969— Estados Unidos gastó dinero y derramó sangre en un esfuerzo que acabó en el fracaso, para evitar que el régimen comunista de Vietnam del Norte absorbiera el resto de la nación.

Si bien el historial estadounidense en la periferia de la Guerra Fría es objeto de crítica, su contrincante soviético se encontraba igualmente involucrado en actividades para difundir su influencia por el Tercer Mundo, dando apoyo a dictadores e inmiscuyéndose en asuntos locales.

UNA RIVALIDAD DE LARGO PLAZO

La estrategia de contención prescribía una rivalidad de largo plazo que el presidente Kennedy (1961-1963) calificó como una “larga lucha crepuscular”. Era algo nuevo para una nación cuya participación en conflictos internacionales había respondido hasta esa fecha a desafíos concretos y urgentes.

La respuesta de Estados Unidos a tres crisis iniciales dejó demostrado que la Guerra Fría no concluiría con una espectacular victoria militar. La decisión del presidente Truman adoptada en 1951 de relevar de su cargo al general Douglas MacArthur equivalió a una decisión de luchar la Guerra de Corea para preservar a Corea del Sur y no, como el general deseaba, para liberar a Corea del Norte. Cinco años

más tarde, el presidente Eisenhower (1953-1961) se negó deliberadamente a ofrecer apoyo tangible al levantamiento del pueblo húngaro en contra del gobierno impuesto por los soviéticos y las tropas del Ejército Rojo que suprimieron su revolución.

Por último, la crisis de los misiles de Cuba de 1962 dejó entrever más claramente los límites de un conflicto directo en la era nuclear. Los soviéticos intentaron introducir clandestinamente misiles de alcance intermedio en Cuba, lo que claramente presentaba una amenaza para el territorio continental de Estados Unidos. Aunque en ese momento Estados Unidos todavía disfrutaba de una superioridad abrumadora en armas nucleares, una guerra declarada equivalía a sufrir daños inaceptables. Por lo tanto, el presidente Kennedy llegó a un acuerdo secreto, cuyas condiciones no se dieron a conocer hasta muchos años después. A cambio de retirar los misiles nucleares soviéticos de Cuba, Estados Unidos se comprometió a no tomar acciones contra el régimen comunista de Fidel Castro y, además, retiraría tras un período prudencial los misiles “obsoletos” de Estados Unidos emplazados en Turquía.

Al parecer, ambas “superpotencias”, aprendieron lecciones diferentes de la crisis de misiles en Cuba. Si bien para 1980 Estados Unidos había desistido de incrementar su arsenal nuclear, los soviéticos optaron por lo contrario y no daban señal de reducir el nivel considerable del aumento. Mientras tanto, la introducción en los años setenta de las fuerzas armadas cubanas en conflictos africanos y la invasión soviética de Afganistán en 1979 —la primera intervención directa del Ejército Rojo fuera de Europa Oriental— convenció a muchos estadounidenses de que el final de la Guerra Fría no estaba próximo.

LA CONCLUSIÓN DE LA GUERRA FRÍA

Las razones que explican el colapso de la Unión Soviética son hasta el presente tema de álgidos debates. No obstante, es posible hacer varias observaciones. Una es que el considerable incremento militar ordenado por el presidente Reagan disparó para los soviéticos el costo de mantener su poder militar. Otra es que el proyecto de un sistema de defensa contra misiles o “Guerra de las galaxias” amenazaba con desplazar la competición hacia el dominio de nuevas tecnologías, un terreno en el que la Unión Soviética—una sociedad cerrada—no estaba bien preparada para competir.

La economía controlada de los soviéticos ya se estaba tambaleando. Cualquiera fuera la capacidad del modelo comunista de industrializar con éxito, las incipientes tecnologías de la información presentaban obstáculos insuperables para una sociedad que ejercía una estrecha vigilancia sobre sus ciudadanos, aun tratándose del uso



AP/WIDE

Un sutil recordatorio de los cambios históricos que han acontecido en Rusia: estudiantes en un receso de la jornada escolar se sientan sobre una estatua derribada del ex líder soviético Josef Stalin en un parque de Moscú en 1991.

de máquinas fotocopadoras. Líderes perspicaces como el secretario general Gorbachov entendían bien esta realidad. Las reformas que introdujo, pero que en última instancia no pudo controlar, condujeron a la desintegración de la Unión Soviética y el final de la Guerra Fría.

Desde el punto de vista estadounidense, el fin del conflicto de 40 años representaba la victoria de una ideología. Pero Estados Unidos pagó un precio por su victoria, de hecho uno muy alto. Evidentemente, hubo la enorme inversión de vidas irremplazables que se perdieron en los campos de batalla y el desembolso de fondos en armas de una fuerza inimaginable, en lugar de destinarlos a causas más urgentes y más nobles en el país y en el exterior. Hubo también costos políticos. En algunas ocasiones, la Guerra Fría obligó a los estadounidenses a alinearse con regímenes indeseables en nombre de la conveniencia geopolítica.

Sin embargo, también se alcanzaron grandes logros en Estados Unidos durante la Guerra Fría. El más evidente de ellos es que Europa Occidental y, sin duda, gran parte del

mundo no cayó bajo el dominio de Josef Stalin, un dictador asesino casi indistinto del desaparecido Adolf Hitler. De igual importancia fue que en la era de armamentos termonucleares, se logró la liberación de las naciones cautivas de la Unión Soviética, sin que fuese necesario recurrir a una guerra general con una destrucción sin precedentes. Además, las instituciones democráticas de Estados Unidos salieron intactas—de hecho, florecieron—y el modelo estadounidense de organización social, uno que proporciona libertad política, religiosa y económica al individuo para que vaya en pos de sus sueños, dio vigor a la nación al hacer su entrada en el nuevo milenio.■

Las opiniones expresadas en este artículo no reflejan necesariamente los puntos de vista ni las políticas del gobierno de Estados Unidos.

El Plan Marshall

Una estrategia afortunada

DAVID W. ELLWOOD



AP/National Portrait Gallery

Retrato de 1947 de George C. Marshall, primer secretario de Estado de Estados Unidos de la posguerra. Supervisó la creación del feliz Programa de Reconstrucción Europea que lleva su nombre.

El mito del Plan Marshall ha llegado a ser tan poderoso como su verdadero legado histórico. En 1955, el historiador oficial del plan señaló cómo de una “sugerencia” expresada en un párrafo por el secretario de Estado George Marshall en una ceremonia de graduación en la Universidad de Harvard, surgió un programa que ‘se convirtió rápidamente en una vasta y fascinante aventura internacional: a medida que la empresa se fue desarrollando significó muchas cosas para muchos hombres’. Cincuenta años más tarde, tal era la fama del proyecto, que todavía se podría decir lo mismo.

David W. Ellwood es profesor asociado de Historia internacional de la Universidad de Bolonia, Italia, y conferenciante profesional del Centro de Bolonia de la Universidad Johns Hopkins.

El Programa de Reconstrucción Europea —mejor conocido como el Plan Marshall— no comenzó como un plan, y algunos de los veteranos dicen que nunca llegó a serlo. Su propio segundo de a bordo, Harlan Cleveland, lo definió como “una serie de improvisaciones... un suceso internacional continuo”. Sin embargo, el programa ha pasado a la historia como el proyecto estadounidense de política exterior de más éxito de todos los que se han realizado desde la Segunda Guerra Mundial.

Tras la caída del apartheid, Sudáfrica clamó por un Plan Marshall. Tras la caída del muro de Berlín, Europa del Este y Rusia pidieron el Plan Marshall que se le había denegado a la Unión Soviética en 1947. Temeroso de la desintegración de África, el gobierno británico en 2005 propuso una intervención internacional coordinada según el modelo del Plan Marshall.

El mito del Plan Marshall ha llegado a ser tan poderoso como su verdadero legado histórico. En 1955, el historiador oficial del plan señaló cómo de una “sugerencia” expresada en un párrafo por el secretario de Estado George Marshall, en una ceremonia de graduación en la Universidad de Harvard, surgió un programa que ‘se



Los creadores del Plan Marshall discuten los progresos de la reconstrucción de Europa en la Casa Blanca, noviembre de 1948 (de izquierda a derecha): presidente Harry S. Truman, secretario de Estado George C. Marshall, Paul G. Hoffman, ex presidente de la fábrica de automóviles Studebaker y director de la Administración de Cooperación Económica del Plan Marshall, y embajador Averell Harriman, también ex ejecutivo empresarial y principal representante de los Estados Unidos en Europa, ante los países participantes en el Plan Marshall.

convirtió rápidamente en una vasta y fascinante aventura internacional: a medida que la empresa se fue desarrollando significó muchas cosas para muchos hombres'. Cincuenta años más tarde, tal era la fama del proyecto, que todavía se podría decir lo mismo.

EL GERMEN DE UNA IDEA

Tres acontecimientos fortuitos condujeron a la creación de un nuevo proyecto estadounidense para ayudar a Europa Occidental en la primavera de 1947. El primero fue la condición física del continente al terminar la Segunda Guerra Mundial tras los reveses provocados por el crudo invierno de 1946-1947. El segundo, el fracaso de la reciente Doctrina Truman—plan para ayudar abiertamente a Grecia y Turquía a resistir la presión soviética—que no logró marcar un camino constructivo hacia adelante. El tercero, la penosa experiencia del secretario de Estado George Marshall en la Conferencia de Moscú de Ministros de Relaciones Exteriores sobre el futuro de Alemania, en marzo y abril de 1947.

Marshall acababa de ser nombrado secretario de Estado por el presidente Harry S. Truman a principios de 1947, después de haberse jubilado del Pentágono, al terminar la

guerra, como Jefe de Estado Mayor. El éxito de Marshall en ese cargo—Churchill le llamó “el organizador de la victoria”—y sus cualidades personales de clarividencia, integridad y abnegación, hicieron de él la figura pública más respetada de su época. Su paciencia y sentido del deber fueron puestos a prueba hasta el límite en Moscú. Un alto diplomático estadounidense, George Kennan, expresó así la concisa conclusión de Marshall al abandonar la capital soviética: “Europa estaba en ruinas. Algo había que hacer. Si él (Marshall) no tomaba la iniciativa, otros lo harían”.

Kennan y su nuevo equipo de planificación de política del Departamento de Estado produjeron uno de los documentos modelo de los que surgiría finalmente el Plan Marshall. En parte, sus ideas se derivaron de entendimientos de la era de Roosevelt de las

causas de dos guerras mundiales y la Gran Depresión: odio de clases, pobreza, atraso y ninguna esperanza de cambio. Estos hombres se proponían construir un mundo de la posguerra que apoyase la demanda de los ciudadanos de a pie de compartir los beneficios de la industrialización. Pensaban que, en todo el mundo, la gente que disfruta de prosperidad, o al menos, la perspectiva de prosperidad, no se deja arrastrar al totalitarismo.

Pero el Plan Marshall tenía una dimensión específicamente europea. El genio malo de Europa, decía gente como Kennan, el secretario de Estado adjunto Dean Acheson y el futuro embajador del Programa de Reconstrucción Europea Averell Harriman, era el nacionalismo. Si esa raíz de nazismo-fascismo y otras rivalidades del siglo XX se pudieran subyugar en una estructura económica europea integrada, la prosperidad resultante podría amortiguar la competencia nacionalista, prevenir nuevos conflictos armados y obviar la necesidad de intervención de los Estados Unidos en futuras guerras europeas.

De este modo, la modernización e integración llegaron a ser los dos objetivos gemelos del Programa de Reconstrucción Europea, y se empezó a pensar cómo alcanzarlos. Para el método del Plan Marshall era esencial

que los europeos pensarán y actuarán por sí mismos dentro de ese ideal: eso fue lo que hizo que el plan no fuera sencillamente otro programa de ayuda.

En las breves y aparentemente simples observaciones de Marshall en la Universidad de Harvard en junio de 1947, había, en primer lugar, explicaciones de la devastación y desesperanza de Europa. Había advertencias a quienes trataban de explotar políticamente la miseria. Había una clara señal de que la ayuda de Estados Unidos no estaría condicionada a la ideología; es decir, la Unión Soviética y otros países comunistas no estarían excluidos de participar.

Entonces llegó el meollo del discurso, un párrafo seductor en el que invitaba a los europeos a llegar a un acuerdo sobre lo que necesitaban y lo que harían si Estados Unidos interviniera. El papel de Estados Unidos, declaró Marshall, “consistiría en prestar ayuda amistosa en la elaboración de un programa europeo y más tarde apoyar dicho programa en la medida en que fuera práctico hacerlo”. El secretario de Estado insistió en que los europeos debían actuar de consuno y que se debía buscar “una cura y no un paliativo”. Para concluir, instó a sus compatriotas estadounidenses a “hacer frente a la ingente tarea que la historia ha encomendado claramente a nuestro país”.

“Esperábamos que saltaran dos pulgadas y saltaron seis pies”, comentó un periodista estadounidense. En menos de dos semanas, los ministros de Relaciones Exteriores francés y británico organizaron en París una Conferencia sobre Cooperación Económica Europea (CEEC), que, en varias etapas entre finales de junio y finales de septiembre, con la ayuda de otros 14 gobiernos, elaboró un informe al Departamento de Estado sobre el volumen total de ayuda económica que, a su juicio, se necesitaría. La mayoría de los países representados no tenían un plan nacional y algunos ni siquiera tenían una idea general del estado de su economía. Sin experiencia de ningún tipo en planificación conjunta para todo el continente, los delegados llegaron a un gran total de 28.000 millones de dólares. La cifra fue inmediatamente rechazada por Washington como inaceptablemente elevada.

Pero la Conferencia sobre Cooperación Económica Europea de París fue más famosa por la llegada—y rápida partida—de una numerosa delegación soviética encabezada por el ministro de Relaciones Exteriores del Kremlin, Vyacheslav Molotov. Enfrentados a la propuesta occidental de una estrategia de recuperación paneuropea, formulada y aplicada conjuntamente, que trataba a Alemania como una entidad económica única, los soviéticos abandonaron la conferencia, tal como previó Washington. La delegación soviética acusó a los estadounidenses y a sus aliados de tratar de controlar las economías europeas—un caso de

imperialismo de gran potencia en su última manifestación estadounidense—. Moscú presionó intensamente a los países de Europa Oriental para que rechazasen la ayuda del Plan Marshall. En febrero de 1948, un golpe de estado comunista en Checoslovaquia instigado por Moscú, concretó la ruptura entre los aliados de la Segunda Guerra Mundial.

LA PUESTA EN MARCHA DEL PLAN

Tras un largo invierno de discusiones, alguna ayuda provisional y considerable aumento de la tensión en las relaciones Este-Oeste, el Programa de Reconstrucción Europea nació oficialmente con una ley del Congreso firmada por el presidente Truman en abril de 1948. Para administrar el proyecto se estableció una nueva agencia federal, la Administración de Cooperación Económica (ECA). Truman, demócrata, hizo patente su intención de conseguir el apoyo de ambos partidos para el programa con el nombramiento de un republicano, el director general de la fábrica de automóviles Studebaker, Paul G. Hoffmann, como jefe de ECA. El desembolso de fondos empezó inmediatamente bajo estricta supervisión del Congreso.

La promulgación oficial del programa señalaba como objetivo principal el establecimiento en Europa Occidental de una “economía saludable, independiente de asistencia exterior extraordinaria” para 1952. A tal fin, observa el historiador de asuntos económicos Immanuel Wexler, “la ley estipulaba un plan de recuperación basado en cuatro puntos concretos: 1) un firme empeño de producción, 2) la expansión del comercio exterior, 3) el establecimiento y mantenimiento de la estabilidad financiera interna, y 4) el fomento de la cooperación económica (europea)”. Para desaliento de muchos europeos que habían contado sencillamente con un programa masivo de socorro, pronto se pudo ver claramente que este programa sólo podía llevarse a cabo mediante un cambio estructural permanente de las economías europeas, independiente y solidariamente, como un todo. Esto era lo que quería decir Marshall al referirse a “una cura, no un paliativo,” esto y nada menos.

Para acometer la ingente tarea, la Conferencia sobre Cooperación Económica Europea (CEEC), en curso, rápidamente se transformó en la Organización para la Cooperación Económica Europea (OEEC), bajo la dirección del primer ministro belga Paul-Henri Spaak. Mientras tanto, las embajadas estadounidenses en cada uno de los países miembros estaban consiguiendo firmas de pactos bilaterales, en los que se enunciaban las obligaciones de los gobiernos europeos con sus nuevos patrocinadores. Entre ellas figuraba el reconocimiento del establecimiento de la autoridad de la “misión” de la ECA en cada capital



Uno de los 25 diseños ganadores del concurso de 1950 de carteles para presentar los objetivos y el espíritu del Plan Marshall. Artistas de 13 países miembros del Plan Marshall presentaron 10.000 carteles.

El fondo Marshall alemán

nacional. Un comité nacional serviría de enlace entre cada misión y su gobierno participante, con objeto de supervisar la gestión del programa en la práctica.

La tarea principal del comité consistiría en formular planes para gastar de manera productiva las sumas del nuevo “fondo de contrapartida”. Este fondo era una característica de la operación, el elemento que más distinguía al Plan Marshall de cualquier otro programa convencional de ayuda. El fondo era una cuenta establecida en cada banco nacional con el propósito concreto de mantener los ingresos de la venta local de bienes suministrados por el Programa de Reconstrucción Europea. Como después se comprobó, gran parte de la ayuda no sería tan gratis o líquida como los europeos se habían imaginado. Normalmente, adoptaría la forma de mercancía enviada desde Estados Unidos y vendida al mejor postor, público o privado. Sus pagos irían, no a los Estados Unidos, sino al nuevo fondo. De aquí provendría el dinero para sufragar los trabajos de reconstrucción y modernización nacional que decidieran la misión de ECA y el gobierno en cada capital participante.

Al mismo tiempo, el Programa de Reconstrucción Europea era, evidentemente, una poderosa arma en la

Guerra Fría. Su principal representante en Europa, el embajador Harriman, llegó en 1949 a calificar al programa de “operación contra incendios”. El sucesor de Marshall en la secretaría de Estado, Dean Acheson, la persona que, en sus propias palabras, “probablemente pronunció tantos discursos y respondió a tantas preguntas sobre el Plan Marshall como cualquier otro hombre vivo”, recordó que “a fin de cuentas, lo que los ciudadanos y los miembros del Congreso siempre querían saber era cómo funcionaba la ayuda del Plan Marshall para contener la expansión de la potencia soviética y la aceptación de la alineación y organización económica y política comunista”.

CÓMO SE CONVENCIO A LOS BENEFICIARIOS

Contra el plan se levantaban, por supuesto, las fuerzas del Cominform, organización internacional establecida en octubre de 1947 por el Kremlin, con el propósito declarado de combatir al Plan Marshall mediante la coordinación de las actividades políticas de los partidos comunistas nacionales bajo la férula soviética, y la dirección de la labor de propaganda en cada país miembro. En un momento en que las fuerzas comunistas estaban al frente de una insurgencia armada en Grecia, parecían poder hacerse con el poder políticamente en Italia, amenazar con el caos en Francia y sabían lo que querían en Alemania—a diferencia del Oeste, en aquel momento—la Guerra Fría confirió un sentido de urgencia al programa que provocó una concentración de mentes en todas partes.

Además, desde el primer momento, los planificadores de la ECA sabían que para superar los obstáculos políticos esenciales sería necesario hablar directamente a los públicos europeos pasando por encima de los jefes de las clases gobernantes locales. En lo que fue un ejercicio de rápida improvisación, los equipos de periodistas y directores de cine que lanzaron el programa de información sobre el Programa de Reconstrucción Europea, para finales de 1949, llevaron a cabo la mayor operación de propaganda dirigida por un país a otros, que jamás se había visto en tiempos de paz.

LA EVOLUCIÓN DEL PLAN

Los años iniciales del Plan Marshall, de junio de 1948 al comienzo de la guerra de Corea en junio de 1950, se recordaban por todos los interesados como la época de oro de pura acción y recompensas económicas. Los expertos señalaban el aumento de casi una cuarta parte del producto total de bienes y servicios del país que disfrutaron los países acogidos al Programa de Reconstrucción Europea entre 1947 y 1949. Afirmaban que el “índice general de

producción, basado en cifras de 1938, aumentó a 115 en 1949, frente a 77 en 1946 y 87 en 1947.” La agricultura también se recuperó y las mejoras en el control de la inflación se consideraron “desiguales, pero definitivamente alentadoras”. El comercio exterior de los estados miembros volvió al punto en que estaba antes de la guerra, pero lo más notable fue el cambio de dirección que se produjo. Olvidada su orientación a los antiguos imperios europeos, el comercio fue aumentando más rápidamente dentro de Europa Occidental, entre los propios miembros del Programa de Reconstrucción Europea. La experiencia demostraría que se trataba de un cambio estructural a largo plazo en la economía del continente que, en unos pocos años, espolearía las demandas políticas de integración europea.

Mientras tanto, para finales de 1949, era evidente que los ideales de los países socios del Programa de Reconstrucción Europea diferían considerablemente, en algunos aspectos, de los de sus planificadores estadounidenses. Los gobiernos de Europa Occidental necesitaban desesperadamente los dólares del Programa, pero, al mismo tiempo, trataban de evitar una dependencia permanente de los Estados Unidos y, en un sentido más general, obtener la ayuda estadounidense en condiciones más a tono con sus objetivos políticos.

Los británicos se esforzaron al máximo por resistir la insistencia del Plan Marshall en la inmediata integración económica con el resto de Europa, principal condición de la ayuda del Plan Marshall en todos lugares. Los holandeses resistieron la presión para dismantelar su imperio en nombre del comercio libre. Los austriacos se negaron en redondo a reformar sus ferrocarriles y banca como deseaban los estadounidenses. El pueblo griego rechazó una nueva moneda patrocinada por el Programa de Reconstrucción Europea porque creían que los soberanos de oro eran el único instrumento de cambio auténticamente fiable. El jefe de los industriales italianos le dijo al jefe de la misión diplomática estadounidense en Roma que, por muy baratas que llegaran a ser las fibras sintéticas, las mujeres italianas siempre preferirían la ropa confeccionada en casa con telas naturales. Los alimentos enlatados podrían venderse a precios muy baratos, pero las tradiciones culinarias italianas siempre serían las preferidas. Los pequeños comercios y las artesanías tradicionales serían esenciales en el futuro de Italia, igual que lo habían sido en el pasado.

Para comienzos de 1950, la experiencia práctica y numerosos sondeos de opinión provocaron un cambio considerable de actitud. Obligados a reconocer que los europeos con frecuencia preferían estados de bienestar social no comunistas al modelo capitalista liberal estadounidense, los planificadores del Plan Marshall dirigieron su atención

a un sector en el que existía un considerable grado de acuerdo entre Europa y Estados Unidos: la seguridad. Los administradores empezaron a insistir solamente en que los beneficios del Programa de Reconstrucción Europea estuvieran igualmente disponibles en todas partes; su objetivo había pasado de reorganizar Europa a contrarrestar los ataques comunistas tanto al plan como a la idea de reforma democrática basada en el bienestar social.

LAS CONSECUENCIAS DE COREA

El inesperado y temido giro de los acontecimientos en Asia, en 1950, pronto puso en tela de juicio la existencia misma del Plan Marshall. La peligrosa intensificación de la confrontación de la Guerra Fría, que comenzó con la invasión por Corea del Norte del Sur en junio, redujo la duración del proyecto y lo transformó de manera radical al emplear en parte la ayuda del Plan Marshall como medio de permitir el rearme general de Europa Occidental en nombre de la “seguridad mutua”. Las enmiendas congresionales de 1951 y 1952 a la ley original del Programa preveían 400 millones más para una campaña continua dirigida a persuadir a los patronos y trabajadores europeos a “aceptar la definición estadounidense de conveniencias sociales y políticas de producción”, pero ahora, de manera que la producción militar para la defensa nacional contra la amenaza soviética pudiera aumentar al mismo tiempo que los bienes de consumo. Se esperaba que todos contribuyeran más al esfuerzo general (de aquí el fortalecimiento de la OTAN), y de este modo reconstruir sus fuerzas armadas, muy deterioradas desde el final de la Segunda Guerra Mundial. Los equipos del Programa de Reconstrucción Europea en el terreno llegaron rápidamente a la conclusión de que no había conflicto entre la demanda estadounidense de rearme general y los objetivos tradicionales del Programa: se trataba simplemente de adaptar los objetivos vigentes de política a los nuevos requisitos.

En este ambiente, el fructífero programa de información del Programa de Reconstrucción Europea se transformó inmediatamente en algo semejante a la “guerra psicológica”, que hizo del mundo de la industria y los sindicatos el frente principal de la guerra fría ideológica contra el comunismo. Como uno de los cerebros más influyentes del Programa de Reconstrucción Europea, el administrador adjunto (y más tarde administrador en funciones) Richard M. Bissell explicó en el número de abril de 1951 de *Foreign Affairs*, importante publicación sobre relaciones internacionales, que Estados Unidos podría librar esta guerra en Europa de manera más eficaz con la fuerza de su ejemplo económico y el poderoso atractivo que su economía de consumo ejercía

sobre los europeos de todas las regiones y clases sociales:

Coca-Cola y las películas de Hollywood se pueden considerar productos de una civilización superficial y vulgar. Pero la maquinaria de los Estados Unidos, las relaciones laborales de los Estados Unidos y la administración e ingeniería de los Estados Unidos se respetan en todas partes... Lo que hace falta es una revolución pacífica, que pueda incorporar en el sistema económico europeo algunas de nuestras características establecidas y atractivas, desde elevados volúmenes a la negociación colectiva... [Esto] exigirá un cambio profundo de actitudes sociales, para adaptarlas a mediados del siglo XX.

EL RESULTADO

Al final, todos los países participantes consiguieron realizar su propia versión distintiva de la revolución pacífica de Bissell. Por lo que respecta al plano económico, el Plan Marshall tuvo más importancia en Grecia, Francia, Austria y los Países Bajos que en Irlanda, Noruega o Bélgica. En algunos países como Italia, fue, tal vez, decisivo sólo durante un año, en otros los beneficios se dejaron sentir durante varios años.

Cada país aprovechó a su manera el impulso económico del Plan. Los daneses lo utilizaron para abastecerse de materias primas y energía. En otros pueblos, como los de las zonas alemanas de ocupación, lo más apreciado eran los alimentos facilitados por el Programa de Reconstrucción Europea. En Italia y Grecia la ayuda en la reconstrucción de vías férreas, carreteras y suministro de energía proporcionó los beneficios más duraderos. En Francia, se dio primacía a la inversión industrial; en Gran Bretaña, el fondo de contrapartida se destinó en su casi totalidad a pagar deudas contraídas en tiempo de guerra y sacar a flote la libra esterlina.

Austria y Suecia, cada cual a su modo, creen que su feliz anclaje en Occidente se remonta al Plan Marshall. Mientras los partidos comunistas continuaban ganando terreno en Italia y Francia, al menos no llegaron al poder y esos países permanecieron orientados hacia Occidente mientras duró la Guerra Fría. Tal vez Alemania fue el país más beneficiado, ya que la dinámica de la integración europea, concebida y fomentada por el Programa de Reconstrucción Europea, permitió a la nueva República Federal fortalecerse y ganar respetabilidad, al mismo tiempo que acallaba los temores de sus vecinos. La deseada revolución en las relaciones franco-germanas llegó a ser realidad. Cualesquiera que puedan haber sido otros orígenes inmediatos, necesidades de la

Guerra Fría, ningún acontecimiento político puso de relieve, como éste, el contraste con la era de posguerra de la Primera Guerra Mundial.

Cincuenta años después de la gran experiencia, Jim Warren, encargado del Plan Marshall para Grecia, expresaba así su júbilo:

Teníamos un objetivo; estábamos rebosantes de entusiasmo; nos entregamos a nuestro trabajo con pasión; nuestro pensamiento era concentrado y disciplinado, y podíamos programar, perseguir y ver resultados.

Por un breve período de tiempo, una nueva e intensa presencia estadounidense en Europa buscó medios de traducir el éxito de la experiencia económica estadounidense en recetas para la salvación política de otros. Los europeos agradecidos de la época hablaban de “un sentido de esperanza y confianza” aportado por estos planificadores estadounidenses—de “nuevo ánimo y energía revitalizada” en el Viejo Mundo.

En Europa el choque de modelos importados y autóctonos proporcionó la energía que impulsó el gran auge de los años cincuenta. El Programa de Reconstrucción Europea encendió la chispa que provocó la reacción en cadena. En 1957 se firmó el Tratado de Roma, del que nació la Comunidad Económica Europea. Aunque este plan de incipiente integración económica era menos radical que el que propugnaban los idealistas estadounidenses de 1949, de la herencia del Plan Marshall y sus promesas, ninguno era más concreto. Con este documento fundacional se inició la pacífica integración económica de Europa, proceso que continúa hasta hoy.

En cuanto a los estadounidenses, tras unos primeros pasos inseguros en la Primera Guerra Mundial como potencia internacional, finalmente elaboraron políticas exteriores y una gran estrategia “en consonancia con sus nuevas responsabilidades como el principal acreedor, el principal productor y el principal consumidor del siglo XX”—, como dijo Vera Micheles Dean en 1950, en su obra *Europe and the United States*. También forjaron una nueva imagen nacional de Estados Unidos como potencia capaz de combinar felizmente el liderazgo militar, político y económico a escala internacional, imagen destinada a reaparecer dondequiera que los países dejen atrás la guerra y la miseria para dirigirse hacia un nuevo y más esperanzador futuro. ■

Las opiniones expresadas en este artículo no reflejan necesariamente los puntos de vista ni las políticas del gobierno de Estados Unidos

EL PLAN MARSHALL

Fotorreportaje



AP/WWP

En una feria de primavera en Viena, Austria, en 1951, una niña sostiene un ramo de globos inflados con hidrógeno que anuncian el Plan Marshall. Los globos, que decían: “Paz, libertad, bienestar” en alemán, fueron soltados por los visitantes de la feria y llevaban dentro tarjetas postales que expresaban la esperanza de que “algún día, las mercancías y los productos circularán libremente por los países de una Europa unida y próspera” hacia el Bloque Oriental. Los globos fueron una de las numerosas maneras en que Estados Unidos y sus aliados intentaron contrarrestar la propaganda negativa soviética contra el plan de reconstrucción y desarrollo económico.

La entrega de los bienes

Este mapa muestra los países de Europa Occidental que participaron en el Plan Marshall. Si bien la Unión Soviética desalentó a los países de Europa Oriental a participar en el plan, prácticamente toda Europa Occidental se sumó al Programa de Recuperación Europea cuando fue creado en junio de 1948. Alemania Occidental se unió un año más tarde tras recuperar una medida de autogobierno.



Biblioteca del Congreso

Un jeep con un cartel que dice: “Fuerza para el mundo libre” está siendo cargado en el puerto de Baltimore en 1951 para uso en el Plan Marshall.



AP/WWP

El embajador estadounidense en Francia, Jefferson Caffery, frente al micrófono, pronuncia un discurso en Burdeos con motivo del primer cargamento de ayuda estadounidense que se entregó a Francia el 10 de mayo de 1948 bajo el Plan Marshall.

Reconstrucción



Biblioteca del Congreso

Con la ayuda del Plan Marshall, Grecia pudo acelerar la explotación de sus reservas de bauxita y suministrar materia prima para la producción y abastecimiento de aluminio en Europa como parte de la reconstrucción y recuperación económica europeas.



Biblioteca del Congreso

Trabajadores viales holandeses descansan del trabajo implacable de reclamar la tierra. En Holanda, los fondos del Plan Marshall ayudaron a reclamar tierras destruidas por la Segunda Guerra Mundial y construir las carreteras esenciales para el transporte de abastecimientos de socorro en Europa.



Biblioteca del Congreso

Proyecto de vivienda pública en construcción en Matera (Italia), construido por el gobierno italiano con fondos del Plan Marshall en 1951.

LA CRISIS DE SUEZ

Un suceso que cambió el equilibrio de poder en el Oriente Medio

PETER L. HAHN



Central Press/Getty Images

Vista aérea de buques hundidos a la entrada del canal de Suez para impedir la navegación durante el ataque a Egipto por Israel, Francia y Gran Bretaña en 1956.

Este año se cumple el 50o aniversario de la crisis de Suez, en que casi se desató una guerra regional entre Egipto, Israel, Gran Bretaña y Francia que pudo haber involucrado a la Unión Soviética y a Estados Unidos. Sin embargo, gracias a una diplomacia resuelta, el presidente Dwight D. Eisenhower evitó un conflicto más grande. No obstante, la crisis afectó el futuro equilibrio de poder en el Oriente Medio.

***Peter L. Hahn** es catedrático de Historia Diplomática en la Universidad del estado de Ohio y actualmente es director ejecutivo de la Sociedad de Historiadores de las Relaciones Exteriores de Estados Unidos. Su especialidad es la historia diplomática estadounidense en el Oriente Medio desde 1940.*

La crisis de Suez de 1956 fue una situación compleja con orígenes complicados y consecuencias trascendentales para la historia internacional del Oriente Medio. Los orígenes de la crisis se pueden atribuir al conflicto árabe-israelí en que se vio envuelto la región a finales de los años cuarenta y a la oleada de descolonización que barrió al mundo a mediados del siglo XX y que causó conflicto entre las potencias imperiales y los países emergentes. Antes de terminar, la crisis agravó el conflicto árabe-israelí, estuvo a punto de provocar una confrontación entre Estados Unidos y la Unión Soviética, asestó un golpe mortal a las pretensiones imperiales británicas y francesas en el Oriente Medio y le dio la oportunidad a Estados Unidos de asumir una posición política destacada en la región.

LOS ORÍGENES DEL CONFLICTO

Los orígenes de la crisis de Suez son complejos. Egipto e Israel permanecieron técnicamente en estado de guerra tras el armisticio que había puesto fin a las hostilidades



El presidente Dwight D. Eisenhower (izquierda) se reúne con su secretario de Estado John Foster Dulles, en 1956.

© Foto del Servicio de Parques Nacionales, cortesía de la Biblioteca Dwight D. Eisenhower

de 1948-1949. Las gestiones de las Naciones Unidas y de varios estados para lograr un tratado de paz final —en particular el llamado plan de paz Alfa promovido por Estados Unidos y Gran Bretaña en 1954-1955— no lograron asegurar un acuerdo. En un marco de tensión, los violentos enfrentamientos a lo largo de la frontera egipcio-israelí casi desataron nuevamente en agosto de 1955 y abril de 1956 la reanudación de las hostilidades en gran escala. Después de que Egipto compró armas soviéticas a fines de 1955, aumentó la presión en Israel para lanzar un ataque preventivo que debilitaría al primer ministro egipcio Gamal Abdel Nasser y dismantlaría la capacidad militar de Egipto antes de que tuviera tiempo de asimilar los armamentos soviéticos.

Mientras tanto, Gran Bretaña y Francia se habían cansado de los desafíos que planteaba Nasser a sus intereses imperiales en la cuenca del Mediterráneo. Gran Bretaña consideró que la campaña de Nasser para expulsar a las fuerzas militares británicas de Egipto - que se logró mediante un tratado en 1954 - fue un golpe a su prestigio y capacidad militar. La campaña de Nasser para proyectar su influencia en Jordania, Siria e Iraq convenció a los británicos de que el primer ministro egipcio buscaba eliminar la influencia británica en la región. Las autoridades francesas se irritaron ante las pruebas de que Nasser apoyaba la lucha de los rebeldes argelinos por su independencia de Francia. A comienzos de 1956, funcionarios estadounidenses y británicos pactaron una política de máximo secreto, cuyo nombre de código era Omega, para aislar y confinar a Nasser a través de sutiles medidas económicas y políticas.

La crisis de Suez estalló en julio de 1956, cuando Nasser nacionalizó la compañía del Canal de Suez en

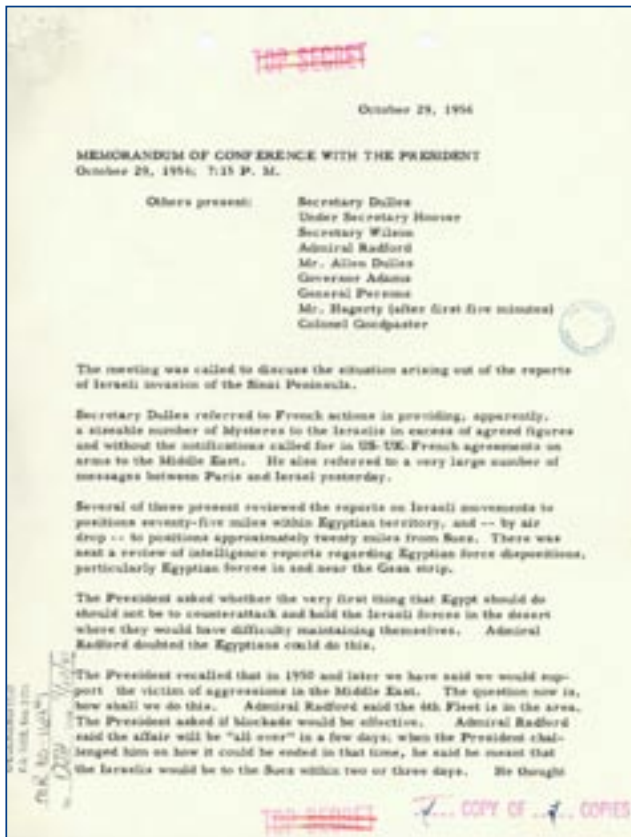
represalia porque Estados Unidos y Gran Bretaña le negaron asistencia económica. Nasser confiscó la empresa de propiedad franco-británica para demostrar su independencia de las potencias coloniales europeas, para vengarse del pacto anglo-estadounidense que le negaba ayuda económica y para apoderarse de las ganancias que la empresa tenía en su país. La acción desató una crisis internacional de cuatro meses durante la cual Gran Bretaña y Francia concentraron poco a poco sus tropas en la región y advirtieron a Nasser de que estaban dispuestos a utilizar la fuerza militar para restablecer su titularidad de la compañía del canal a menos que él cediera. Las autoridades británicas y francesas esperaban secretamente que la presión ocasionaría finalmente la caída de Nasser del poder, con o sin una acción militar de su parte.

LA RESPUESTA DE ESTADOS UNIDOS

El presidente Dwight D. Eisenhower abordó la crisis del canal sobre la base de tres premisas fundamentales e interrelacionadas. Primero, aunque comprendía el deseo de Gran Bretaña y de Francia de recuperar la compañía del canal, no cuestionaba el derecho de Egipto de confiscar la empresa, siempre que éste pagara una indemnización adecuada tal como lo estipula el derecho internacional. Eisenhower procuró de esta manera prevenir un enfrentamiento militar y resolver la disputa del canal mediante la diplomacia, antes de que la Unión Soviética explotara la situación en busca de ganancias políticas. Ordenó al secretario de Estado John Foster Dulles a que resolviera la crisis en términos aceptables para Gran Bretaña y Francia mediante declaraciones públicas, negociaciones, dos conferencias internacionales en Londres, la creación de una Asociación de Usuarios del Canal de Suez y deliberaciones en las Naciones Unidas. No obstante, hacia fines de octubre estas acciones resultaron ser infructuosas y continuaron los preparativos de guerra anglo-franceses.

Segundo, Eisenhower no deseaba alienar a los nacionalistas árabes y por tanto incluyó a estadistas árabes en su diplomacia para poner fin a la crisis. La negativa de Eisenhower a respaldar la fuerza anglo-francesa contra Egipto provenía, en parte, de haberse dado cuenta que la confiscación de la compañía por Nasser fue muy popular entre el pueblo egipcio y otros pueblos árabes. De hecho, el aumento de la popularidad de Nasser en los países árabes frustró los esfuerzos de Eisenhower por resolver la crisis del canal con la ayuda de gobernantes árabes. Los líderes de Arabia Saudita e Iraq rechazaron las propuestas de Estados Unidos para que criticaran la acción de Nasser o pusieran en tela de juicio su prestigio.

Tercero, Eisenhower trató de aislar a Israel de la



Este memorando desclasificado de la Casa Blanca, con fecha del 29 de octubre de 1956, se refiere a informes de que los israelíes habían invadido la península del Sinaí y especula sobre la manera de responder.

controversia del canal por temor a que la mezcla de los volátiles conflictos egipcio-israelí y anglo-franco-egipcio pudiera desatar una conflagración en el Oriente Medio. En consecuencia, Dulles le negó a Israel voz en las conferencias diplomáticas convocadas para resolver la crisis e impidió la discusión de las quejas de Israel en torno a la política egipcia durante las deliberaciones en las Naciones Unidas. Al percibir en agosto y septiembre un recrudecimiento de la belicosidad israelí hacia Egipto, Eisenhower dispuso el envío de abastecimientos limitados de armas de Estados Unidos, Francia y Canadá con la esperanza de aliviar los recelos de inseguridad israelíes y de evitar, por lo tanto, una guerra egipcio-israelí.

EL ESTALLIDO DE LAS HOSTILIDADES

En octubre la crisis tomó un nuevo rumbo, inesperado por Estados Unidos. Sin que lo supieran las autoridades estadounidenses, Francia y Gran Bretaña actuaron en colusión con Israel en una maniobra detallada para iniciar una guerra coordinada secretamente contra Egipto. Según la estratagema, Israel invadiría la península del Sinaí,

Gran Bretaña y Francia emitirían ultimátum ordenando la retirada de tropas egipcias e israelíes de la zona del canal de Suez y, cuando Nasser rechazara las resoluciones definitivas (como era de esperar), las potencias europeas bombardearían los aeropuertos egipcios durante 48 horas, ocuparían la zona del canal y derrocarían a Nasser. Las autoridades estadounidenses no lograron prever la maniobra, en parte porque estaban distraídas por un susto de guerra entre Israel y Jordania así como por la agitación antisoviética en Hungría, en parte porque estaban preocupadas por las cercanas elecciones presidenciales estadounidenses, y en parte porque se fiaron de las negativas de amigos en los gobiernos comprometidos quienes les aseguraron que no era inminente que hubiera un ataque. Sin embargo, la guerra estalló el 29 de octubre cuando Israel lanzó un ataque frontal contra las fuerzas egipcias en el Sinaí. En cuestión de días las fuerzas israelíes se aproximaron al canal de Suez.

Eisenhower y Dulles, tomados por sorpresa por el comienzo de las hostilidades, adoptaron una serie de medidas dirigidas a terminar la guerra rápidamente. Enojado porque sus aliados en Londres y París le habían engañado con la maniobra encubierta, a Eisenhower le preocupaba también que la guerra empujara a los estados árabes a la dependencia soviética. Para detener los enfrentamientos incluso mientras aviones británicos y franceses bombardeaban objetivos egipcios, el presidente estadounidense impuso sanciones a las potencias confabuladas, logró una resolución de alto el fuego en las Naciones Unidas y organizó una Fuerza de Emergencia de las Naciones Unidas (UNEF) para separar a los combatientes. No obstante, antes de que se pudiera desplegar la UNEF, el 5 de noviembre paracaidistas de Gran Bretaña y Francia aterrizaron en el canal de Suez.

Los despliegues de tropas británicas y francesas empujaron la crisis a su fase más peligrosa. La Unión Soviética, en una maniobra para distraer la atención de su brutal represión del movimiento revolucionario en Hungría, amenazó con intervenir en las hostilidades y quizás incluso tomar represalias y atacar a Londres y París con armas atómicas. Los informes de inteligencia de que las tropas soviéticas se estaban concentrando en Siria para intervenir en Egipto alarmaron a las autoridades estadounidenses, quienes sintieron que la agitación en Hungría había inclinado a los líderes soviéticos hacia un comportamiento impulsivo. Prudentemente, Eisenhower alertó al Pentágono a prepararse para la guerra. La convergencia de los conflictos árabe-israelí y de descolonización había desatado una portentosa confrontación entre Oriente y Occidente.

Eisenhower, sacudido por la perspectiva súbita de

un conflicto mundial, también actuó rápidamente para evitarlo. Aplicó a los países beligerantes presiones políticas y financieras para que aceptaran el 6 de noviembre un alto el fuego de las Naciones Unidas que entró en vigor el día siguiente, y apoyó los esfuerzos de las autoridades de la ONU para desplegar urgentemente la UNEF en Egipto. Las tensiones aflojaron paulatinamente. Las tropas británicas y francesas partieron de Egipto en diciembre y, tras negociaciones complejas, las fuerzas israelíes se retiraron del Sinaí en marzo de 1957.

LAS CONSECUENCIAS DE LA CRISIS

La crisis de Suez, aunque mitigada rápidamente, tuvo un impacto profundo en el equilibrio de poder en el Oriente Medio y en las responsabilidades que asumió Estados Unidos en la región. Empañó terriblemente el prestigio británico y francés entre los estados árabes y debilitó por tanto la autoridad tradicional de esas potencias europeas en la región. Nasser, por el contrario, no sólo sobrevivió la experiencia sino que se aseguró un nuevo nivel de prestigio entre los pueblos árabes como un líder que había desafiado a los imperios europeos y que había sobrevivido una invasión militar de Israel. Los restantes regímenes prooccidentales de la región parecían vulnerables a los levantamientos naseristas. Aunque Nasser no mostró de inmediato inclinación a ser un estado cliente de la Unión Soviética, las autoridades estadounidenses temieron que las amenazas soviéticas contra los aliados europeos habían mejorado la imagen de Moscú entre los estados árabes. Y la perspectiva de promover la paz árabe-israelí parecía eliminada para el futuro inmediato.

En reacción ante estas consecuencias de la guerra de Suez, a principios de 1957 el presidente declaró la Doctrina Eisenhower, una nueva e importante política de seguridad regional. La doctrina, propuesta en enero y aprobada por el Congreso en marzo, prometía que Estados Unidos distribuiría ayuda económica y militar y utilizaría la fuerza, si fuese necesario, para contener al comunismo en el Oriente Medio. El enviado del presidente, James P. Richards, recorrió la región para ejecutar el plan, distribuyendo decenas de millones de dólares en ayuda económica y militar a Turquía, Irán, Pakistán, Iraq, Arabia Saudita, el Líbano y Libia.

Aunque nunca fue invocada formalmente, la Doctrina Eisenhower guió la política de Estados Unidos en tres controversias. En la primavera de 1957, el presidente otorgó ayuda económica a Jordania y envió buques de guerra estadounidenses al Mediterráneo oriental para ayudar al rey Hussein a sofocar una rebelión entre oficiales

pro egipcios del ejército. A fines de 1957 Eisenhower alentó a Turquía y a otros estados amigos a considerar una incursión en Siria para impedir que se consolidara allí un régimen extremista. Cuando en julio de 1958, una revolución violenta en Bagdad amenazó con desatar levantamientos similares en el Líbano y Jordania, Eisenhower ordenó finalmente que tropas estadounidenses ocuparan Beirut y transportaran abastecimientos a las fuerzas británicas que ocupaban Jordania. Estas medidas, sin precedentes en la historia de la política estadounidense en los países árabes, revelaron claramente la firme voluntad de Eisenhower de aceptar responsabilidad en la preservación de los intereses occidentales en el Oriente Medio.

La crisis de Suez marca un hito decisivo en la historia de la política exterior de Estados Unidos. Al desechar las tradicionales presunciones occidentales sobre la hegemonía anglo-francesa en el Oriente Medio, al exacerbar los problemas del nacionalismo revolucionario personificado por Nasser, al agudizar el conflicto árabe-israelí, y al amenazar con ofrecer a la Unión Soviética un pretexto para penetrar en la región, la crisis de Suez atrajo a Estados Unidos hacia una participación sustancial, importante y duradera en el Oriente Medio. ■

Las opiniones expresadas en este artículo no reflejan necesariamente los puntos de vista ni las políticas del gobierno de Estados Unidos

LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL E INTERNACIONAL DE BRUSELAS (EXPO 1958)

Tal vez la exposición más famosa del período de la Guerra Fría fue la Exposición Universal e Internacional de Bruselas (Expo '58). El hecho de haber sido la primera celebrada después de la Segunda Guerra Mundial, le dio un mayor significado: los gobiernos de los aliados de Europa Occidental—Francia y Alemania—aprovecharon la ocasión para demostrar sus éxitos de posguerra, mientras que los países del Eje—Alemania, Japón e Italia—vieron en ella una oportunidad de pulir su imagen internacional. No obstante, lo más destacado entre la general exuberancia de la feria fue la tensión evidente entre Estados Unidos y la Unión Soviética, que utilizaron sus respectivos pabellones para promover sus regímenes políticos en pugna.

El tema de la exposición de Estados Unidos, “Asuntos pendientes”, trataba, entre otras cuestiones, de problemas sociales, incluida la segregación. Los senadores sureños se sintieron ultrajados y cortaron el presupuesto restante de la muestra de Estados Unidos. En consecuencia, se redujo el número de exhibiciones científicas

estadounidenses y Rusia se instaló en el espacio dejado vacante por Estados Unidos en el Salón Internacional de Ciencias, que utilizó con gran efecto, como medio de propaganda de los adelantos tecnológicos soviéticos: por ejemplo, una muestra de usos de la energía atómica con fines pacíficos por los soviéticos contrastaba con el uso de la potencia nuclear por Estados Unidos “para la destrucción de la humanidad.”

El centro de atracción de la exhibición soviética lo constituían modelos de sus recién lanzados satélites *Sputnik*, pioneros del programa espacial ruso inaugurado el año anterior, que incluía un vuelo con un perro a bordo llamado Laika. Aunque Estados Unidos había lanzado con éxito su propio satélite *Explorer*, en 1958, no llevó a la feria su artefacto espacial. *Sputnik* alcanzó una gran popularidad entre los visitantes y los soviéticos utilizaron su pabellón, tributo de la tecnología avanzada al comunismo, como una oportunidad para convencer a los visitantes de que una URSS superior en las esferas de la ciencia y la tecnología no tardaría en sobrepasar a Estados Unidos en la producción de bienes materiales. Estados

Unidos acudió mejor preparado a ferias mundiales posteriores.

Aparte de las rivalidades culturales de la Guerra Fría, la feria fue notable por la variedad de productos científicos presentados, entre ellos, una audio-enciclopedia, un diccionario electrónico, queso pasteurizado, cinta magnética capaz de transmitir millones de caracteres

en pocos segundos y una máquina postal que podía clasificar miles de cheques en 15 minutos. La misma Bélgica, que había organizado la feria para promover su crecimiento económico, impresionó al público con su símbolo, el gigantesco Atomium—construcción futurista que realizaba el aspecto positivo de la era atómica —y su chocolate, del que produjo cinco toneladas al día mientras duró la Expo '58. ■



El Atomium, símbolo de la Exposición de Bruselas de 1958, fue diseñado por Andre Waterkeyn. Representa un cristal de hierro, aumentado 165.000 millones de veces. El monumento, de 48 años, ha sido completamente renovado en fechas recientes. La Exposición, la primera desde el final de la Segunda Guerra Mundial, sirvió de telón de fondo del comienzo de la Guerra Fría cultural entre Estados Unidos y la Unión Soviética.

AP/WIDEWORLD

NIXON EN CHINA

Un momento decisivo en la historia del mundo

WARREN I. COHEN



El presidente Richard M. Nixon, a la derecha, cruza un puente en lo que es una escena típicamente china, en Hangchow, el 26 de febrero de 1972. Le acompañan el primer ministro chino, Chou En-lai, y la primera dama Pat Nixon (centro, atrás).

“Es una ventaja para otros países, y no una desventaja, cuando una nación se vuelve estable y próspera, es capaz de mantener la paz dentro de sus fronteras y es lo suficientemente fuerte para no provocar una agresión desde afuera. Esperamos de todo corazón el progreso de China y, hasta donde nos sea posible hacerlo con medios pacíficos y legítimos, haremos nuestra parte para promover ese progreso”.

Palabras del presidente de Estados Unidos Theodore Roosevelt al representante chino Tong Shaoyi, en diciembre de 1908.

Warren I. Cohen es catedrático distinguido de Historia e investigador de temas presidenciales de la Universidad de Maryland, en el condado de Baltimore. Es también investigador principal del Programa sobre Asia del Centro Internacional Woodrow Wilson, en Washington. Es historiador en materia de relaciones exteriores estadounidenses y relaciones de Estados Unidos con Asia Oriental, así como de la historia de China y su región.

La victoria de los comunistas chinos en 1949, durante la guerra civil china, tuvo un fuerte impacto en Estados Unidos. En la primera mitad del siglo XX, los formuladores de política estadounidenses, desde el presidente Theodore Roosevelt en adelante, habían favorecido la aparición de una China fuerte y próspera. Supusieron que China tendría intenciones amistosas hacia Estados Unidos. El país había vivido un siglo en el que había realizado actividades provechosas en China, como el establecimiento de los colegios cristianos precursores del sistema educativo moderno de China, la financiación por la Fundación Rockefeller de programas de reconstrucción rural y el Colegio Médico Unión de Pekín, en el que fueron educados los principales doctores chinos. Muchos estadounidenses consideraban que su país había defendido la causa china contra los imperialistas japoneses y europeos, empezando por la serie de “Notas de puertas abiertas” que Washington envió a las grandes potencias al ser amenazada la supervivencia misma de China como nación en 1899 y 1900. Y, lo que era más evidente, Estados Unidos había encabezado la lucha para liberar a China de la agresión japonesa durante la Segunda Guerra Mundial.



El presidente Richard M. Nixon (centro) y la primera dama Pat Nixon, con un grupo de ciudadanos chinos en la Gran Muralla china después de una gira por el monumento cerca de Pekín, el 24 de febrero de 1972. En la extrema derecha está el secretario de Estado William P. Rogers.

AP/WIDEWORLD

acuerdo. Estados Unidos siguió reconociendo a la República China de Chiang Kai-shek que fue derrotada en el territorio continental y que sobrevivió en la isla de Taiwán, como el gobierno legítimo de toda China. Mao y sus colegas insistieron en su denuncia del imperialismo estadounidense y se negaron a discutir cualquier tema que no fuera el fin de la ayuda estadounidense a Chiang y su protección de Taiwán.

En Estados Unidos, la hostilidad china combinada con el anticomunismo interno intensificado por la Guerra Fría y el cabildeo de los amigos estadounidenses de Chiang, impidió a aquellos

encargados de formular políticas en las décadas de 1950 y 1960 intentar un acercamiento con Pekín. De hecho, Washington utilizó su influencia para mantener a China fuera de las Naciones Unidas, si bien el presidente Dwight Eisenhower sostuvo que era un error aislar a China.

Sin embargo, a mediados de los años sesenta, la conciencia de la ruptura sino-soviética y la menor intensidad del sentimiento anticomunista consecuencia de la desilusión con la guerra en Vietnam, hicieron que cambiara la opinión estadounidense sobre las relaciones con China. Importantes figuras intelectuales y del gobierno defendieron una política que, según insistían, era más realista: aceptar al régimen de Pekín como legítimo gobierno de China y encontrar maneras de trabajar con él. Hablaron de “contención sin aislamiento”. Pero el gobierno del presidente Lyndon Johnson estaba demasiado implicado en Vietnam y los chinos estaban inmersos en la Gran Revolución Cultural Proletaria. No surgió ninguna relación nueva.

DISMINUYEN LAS TENSIONES

Richard Nixon, vicepresidente de Eisenhower y candidato presidencial cuya candidatura fracasó en 1960, fue un mandatario estadounidense cuyo anticomunismo y hostilidad hacia China eran de sobra conocidos. En 1968 fue elegido presidente de Estados Unidos y la posibilidad de que disminuyeran las tensiones con

LA RUPTURA DE LAS RELACIONES ENTRE ESTADOS UNIDOS Y CHINA

Pero la República Popular China, proclamada el 1 de octubre de 1949, no abrigaba intenciones amistosas hacia Estados Unidos y muy pocos chinos compartían la idea que los estadounidenses tenían acerca del papel histórico que habían desempeñado en ese país. El nuevo mandatario, Mao Zedong, desconfiaba de las intenciones estadounidenses y en junio de 1946 había ordenado una campaña contra Estados Unidos. Sus tropas acosaron a los estadounidenses que vivían en China. Un diplomático estadounidense fue agredido a golpes por la policía de Shanghai. El cónsul general estadounidense en Mukden fue sometido a arresto domiciliario durante un año. Lo peor de todo fue la intervención, en octubre de 1950, de tropas comunistas chinas en la Guerra de Corea contra las fuerzas de la ONU encabezadas por Estados Unidos, en un intento por repeler la invasión de Corea del Sur por Corea del Norte. Tras la muerte de decenas de miles de soldados chinos y estadounidenses en el campo de batalla, desapareció toda intención de establecer relaciones diplomáticas entre Pekín y Washington.

Durante los veinte años siguientes, Estados Unidos y China se considerarían adversarios. Si bien los caminos de sus diplomáticos se cruzaban de vez en cuando en conferencias internacionales y se entablaban conversaciones esporádicas a nivel de embajador, ninguno de los dos países expresó interés en llegar a un

China parecía en ese entonces más lejana que nunca. Pero Nixon compartía la idea de los altos funcionarios del Departamento de Estado de que China quizás ayudaría a Estados Unidos a terminar la guerra en Vietnam y asistiría en los esfuerzos estadounidenses para contrarrestar el creciente poderío soviético. Reconoció que el cambio de ánimo de la población estadounidense, así como sus propias credenciales anticomunistas, le permitiría buscar un acomodo con China. La administración Nixon indicó lentamente, y con cautela, sin arriesgar la seguridad de Estados Unidos, su deseo de mejorar las relaciones con China.

Zhou Enlai, principal diplomático chino, se había consagrado a alcanzar el mismo objetivo, tal como lo demuestran su invitación a que el equipo estadounidense de ping pong visitara China y sus comunicaciones por medio del mandatario de Pakistán. Poco a poco, persuadió al escéptico Mao de que Estados Unidos ya no representaba una amenaza para China y que podría ser de utilidad en los esfuerzos de Pekín para resistir la presión soviética. El gran avance histórico se produjo en 1971.

En su discurso sobre el estado de la unión pronunciado ante el Congreso en febrero de 1971, Nixon habló acerca de la necesidad de establecer un diálogo con China. Pidió que el gobierno de Pekín tuviera un lugar en las Naciones Unidas—sin sacrificar la postura de China en lo relativo a Taiwán. Anteriormente, el reconocimiento estadounidense del régimen de Chiang y su respaldo del mismo habían sido obstáculos poderosos al acercamiento entre la China de Mao y Estados Unidos. Tanto Mao como Chiang insistían en que no podía haber más que una China y ninguno de los dos aceptaría los esfuerzos de Washington de que hubiera dos Chinas, una en el territorio continental y otra en Taiwán. Sin embargo, en 1971, Nixon y Mao estaban ansiosos de hacer uso el uno del otro y convinieron en una fórmula de acomodo de “una China, pero no ahora”. De hecho, dada su percepción del valor estratégico de las mejores relaciones con Pekín, Nixon y su asesor de seguridad nacional, Henry Kissinger, estaban preparados para recorrer más de la mitad del camino con el fin de llegar a un compromiso con Mao. Encontrar un socio en la lucha contra la Unión Soviética era mucho más importante.

En julio de 1971, el mundo se enteró de que Kissinger había regresado de una misión secreta a China. Nixon anunció que él, en calidad de presidente de Estados Unidos, había aceptado una invitación para visitar China. En agosto y septiembre, Estados Unidos apoyó, por primera vez, el ingreso del representante de Pekín en el Consejo de Seguridad de las Naciones

Unidas, al mismo tiempo que apoyó simbólicamente el esfuerzo de Taipei para obtener su propio ingreso. Una moción estadounidense de incluir a ambas delegaciones fracasó, socavada por la decisión de Kissinger de viajar en esas fechas a Pekín. Una moción albanesa en favor de sustituir al representante de Pekín por el de Taipei fue aprobada fácilmente. Fue una de las derrotas diplomáticas menos dolorosas que Estados Unidos jamás haya sufrido. Washington había dado un paso más hacia la política de una sola China.

UNA VISITA PRESIDENCIAL

En febrero de 1972, Nixon viajó a China, donde disfrutó de una entrevista personal con Mao Zedong. Un atónito público mundial de televidentes vio a Nixon aplaudir calurosamente en un ballet chino repleto de propaganda comunista. Fue efectivamente un Nixon nuevo y una nueva relación con China.

En el comunicado conjunto sino-estadounidense emitido al final de la semana en que Nixon visitó China, era evidente que lo que unió a los dos lados fue la resistencia común a los soviéticos. Su declarada oposición a la “hegemonía” en Asia y en el Pacífico fue una alusión ligeramente velada de la reducida influencia moscovita en la región. Taiwán, sin embargo, seguía siendo el principal obstáculo a las relaciones diplomáticas normales, a la “normalización”. Los estadounidenses reconocieron la reivindicación china de que Taiwán era parte de China, pero volvieron a declarar su interés en la resolución pacífica del problema. Nixon respondió a la petición china de retirar las tropas estadounidenses de Taiwán comprometiendo a Estados Unidos a su eventual retirada y prometiendo hacerlo paulatinamente, a medida que disminuyera la tensión en la región (Vietnam). Al mismo tiempo, Nixon y Kissinger procuraron aliviar el temor de Pekín de que el poderío estadounidense en la isla sería reemplazado por el de Japón. Nixon aseguró asimismo a los dirigentes chinos que Estados Unidos no apoyaría la independencia de Taiwán y prometió tomar las medidas que deseaban los chinos después de su esperada reelección en 1972.

Según un tratado de 1954, Estados Unidos se había obligado a defender a Taiwán. Las empresas estadounidenses tenían intereses de miles de millones de dólares en la isla. Los sondeos de opinión pública indicaron que los estadounidenses no estaban dispuestos a abandonar al pueblo de Taiwán, a sus amigos y aliados, a los comunistas. Sin embargo, la administración Nixon estaba dispuesta a derogar su tratado de defensa con Taiwán, especulando que la población de la isla estaría

pronto en condiciones de defenderse por sus propios medios y que, a la larga, se encontraría una solución pacífica.

NORMALIZACIÓN

En 1973, China y Estados Unidos abrieron en sus respectivas capitales “oficinas de enlace”, es decir, embajadas en todos los sentidos excepto en el nombre. Sin embargo, la normalización se vio demorada por la crisis de Watergate que, en última instancia, obligó a Nixon a renunciar a la presidencia sumido en el escándalo. Sin embargo, sus sucesores estaban también comprometidos con la normalización de las relaciones con China, hecho que se logró finalmente a principios de 1979. El intercambio secreto de inteligencia militar en torno a los movimientos soviéticos, iniciado por Kissinger en 1971, nunca fue interrumpido.

La apertura de China por Nixon produjo un cambio de enorme importancia en el equilibrio de poder durante la Guerra Fría. La tácita alianza entre Estados

Unidos y la República Popular China, dirigida contra el poderío en aparente expansión de la Unión Soviética, alivió las inquietudes chinas acerca de un posible ataque soviético y permitió a Estados Unidos concentrar su poder militar en Europa—mientras que los soviéticos siguieron haciendo frente a adversarios que actuaban juntos en contra de Moscú. Fue un momento decisivo en la historia del mundo y contribuyó finalmente a la desintegración de la Unión Soviética y el fin de la Guerra Fría. En 1979, el vicepresidente estadounidense Walter Mondale viajó a Pekín, donde repitió las palabras que había pronunciado Theodore Roosevelt en 1908, expresando nuevamente la convicción de que una China fuerte—y supuestamente amistosa—servía los intereses de Estados Unidos. ■

Las opiniones expresadas en este artículo no reflejan necesariamente los puntos de vista ni las políticas del gobierno de Estados Unidos

LA DIPLOMACIA DEL *PING-PONG* GUIÓ LAS RELACIONES SINO-ESTADOUNIDENSES



Agence France Presse

Jugadores de *ping-pong* chinos y estadounidenses se entrenan antes de un partido de exhibición en Pekín, en abril de 1971.

En un hecho insólito, unos juegos de ping-pong cambiaron la historia.

El 10 de abril de 1971 nueve jugadores estadounidenses, cuatro funcionarios y dos de sus cónyuges, acompañados por diez periodistas, cruzaron un puente desde Hong Kong hasta China continental y dieron paso a la era de la “diplomacia del *ping-pong*”. La aventura de ocho días señaló un deseo común de relajar las viejas tensiones entre Washington y Pekín.

“Ustedes han abierto un nuevo capítulo en las relaciones de los pueblos estadounidense y chino”, dijo el primer ministro Chou En-lai durante un banquete en el Gran Palacio del Pueblo en Pekín, en honor de los visitantes estadounidenses. “Confío en que este nuevo comienzo de nuestra amistad encontrará el apoyo general de nuestros dos pueblos”.

Ese mismo día, el 14 de abril, Estados Unidos levantó el embargo comercial contra China, que databa de 20 años. Las relaciones entre Estados Unidos y China se interrumpieron en octubre de 1949, cuando tropas

comunistas a las órdenes de Mao Zedong derrocaron al gobierno nacionalista del general Chiang Kai-shek. Chiang y su gobierno se refugiaron en Taiwán y en los veintidós años posteriores a la toma del poder por los comunistas no se permitió la entrada en China continental de ningún grupo estadounidense.

Por tanto, fue algo totalmente inesperado cuando, el 6 de abril de 1971, el equipo de *ping-pong* de Estados Unidos, a la sazón en Japón para participar en la 31ª edición de los campeonatos mundiales de *ping-pong*, fue invitado por el equipo chino a visitar de inmediato la República Popular China en un viaje con todos los gastos pagados.

Del 11 al 17 de abril el equipo estadounidense jugó con el equipo chino en partidos de exhibición, visitó la Gran Muralla y el Palacio de Verano en las afueras de Pekín, se reunió con estudiantes y trabajadores chinos y asistió a actos sociales en las principales ciudades chinas. Un año más tarde, los jugadores chinos fueron de gira por Estados Unidos y disputaron una serie de partidos de exhibición cuyo lema era “Amistad ante todo”, ante entusiasmados espectadores estadounidenses.

Estados Unidos y China ya habían entablado



AP/WIDEWORLD

Miembros del equipo estadounidense de ping-pong asisten a una reunión en Pekín el 16 de abril de 1971. El equipo chino invitó al equipo estadounidense a visitar China mientras aquél se encontraba en Japón con motivo del campeonato mundial de ping-pong.



AP/WIDEWORLD

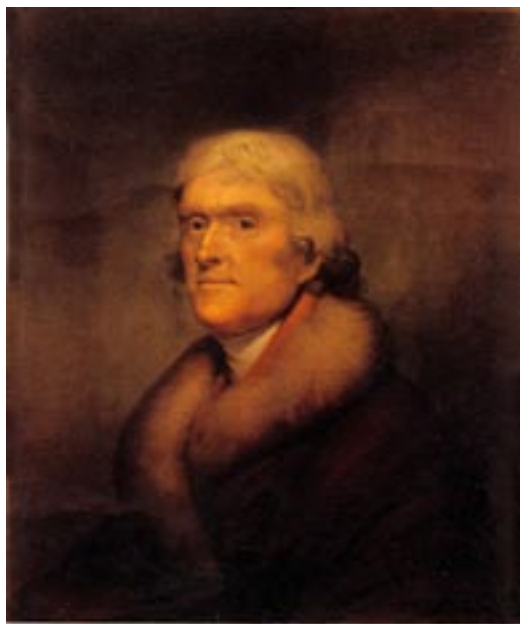
El vice primer ministro Li Lanqing (a la izquierda) juega un partido de ping-pong con el ex secretario de Estado estadounidense Henry A. Kissinger (derecha) en el Hotel Estatal Diaoyutai de Pekín, el 18 de marzo de 2001. El hotel fue sede de una gran recepción para celebrar el trigésimo aniversario de la histórica "diplomacia del ping-pong" en las relaciones sino-estadounidenses.

negociaciones entre bastidores a medida que cada país trataba de mejorar relaciones, ante un trasfondo de agresión soviética. En 1971, el asesor de Seguridad Nacional Henry A. Kissinger realizó dos visitas secretas a China para establecer un acercamiento y ese verano, tras la buena voluntad generada por la diplomacia del ping-pong, el presidente Richard M. Nixon anunció que él también viajaría a China el año siguiente para iniciar conversaciones oficiales con la finalidad de normalizar las relaciones entre los dos países.

El 21 de febrero de 1972, Nixon se convirtió en el primer presidente estadounidense en visitar China. ■

EL COMERCIO Y LA ECONOMÍA COMO UNA FUERZA EN LAS RELACIONES EXTERIORES DE ESTADOS UNIDOS

MAARTEN L. PEREBOOM



Retrato de Jefferson, por Peale

Desde los albores de la república, el “pabellón siguió al comercio”, a medida que los estadounidenses buscaban tener acceso a los mercados mundiales. En 1789, el secretario de Estado Thomas Jefferson le pidió a Charles Drayton, dueño de una plantación de Carolina del Sur, que fuera a Vietnam en busca de oportunidades comerciales.

“Al surgir como líder mundial en el siglo XX, Estados Unidos, mientras continuaba, por cierto, persiguiendo sus propios intereses económicos en el extranjero, recurrió a sus raíces en la época de la Ilustración y promovió los ideales de libertad, democracia y mercados abiertos, basándose en la creencia de que ‘el comercio libre entre naciones libres’ tendría por resultado el mejoramiento a escala mundial de la condición humana”.

Maarten L. Pereboom es catedrático de Historia y presidente del Departamento de Historia de la Universidad de Salisbury, en Maryland. Su especialidad es la historia de las relaciones exteriores de Estados Unidos, la Segunda Guerra Mundial, el Holocausto y la Guerra Fría.

Al surgir como líder mundial en el siglo XX, Estados Unidos, mientras continuaba, por cierto, persiguiendo sus propios intereses económicos en el extranjero, recurrió a sus raíces en la Ilustración y promovió los ideales de libertad, democracia y mercados abiertos, basándose en la creencia de que “el comercio libre entre naciones libres” tendría por resultado el mejoramiento a escala mundial de la condición humana.

Estados Unidos ayudó a salvar al mundo de la perspectiva racista de la Alemania nazi y de los desastres del comunismo soviético, pero las complejas exigencias del liderazgo mundial cuestionaron también la función de la economía como factor primordial en la conformación de la política exterior estadounidense.

El historiador Bradford Perkins ha calificado a la lucha estadounidense por la independencia de deseo de restaurar la libertad política y económica que los británicos habían disfrutado en América del Norte durante la “desatención benévola” del poder imperial antes de 1750. La Guerra de Siete Años (1756-1763), en tanto que eliminó el poderío



AP/WIDEWORLD

El representante de Comercio de Estados Unidos, Robert Portman, se dirige al Foro Económico Mundial reunido en Davos, Suiza, el 28 de enero de 2006, durante las decisivas negociaciones sobre la liberalización del comercio.

francés en América del Norte, llevó también al parlamento británico a recurrir a las colonias para que ayudaran a pagar las cuentas. Los impuestos decretados por un parlamento en el que las colonias no tenían representación desató la Guerra de la Independencia, a lo largo de la cual los estadounidenses siguieron velando por sus intereses económicos.

LA CONVICCIÓN EN EL LIBRE COMERCIO

En 1776 —cuando las colonias en rebelión necesitaron de un aliado político y militar contra Gran Bretaña— el Tratado Modelo de John Adams propuso nada menos que las relaciones comerciales con Francia, en las cuales la nacionalidad de los comerciantes sería dejada de lado y los derechos de cada país al libre comercio serían plenamente respetados, incluso si uno de los asociados quería comerciar con un país con el que el otro estaba en guerra. Aunque el tratado nunca entró en vigor, atesoró la convicción, inspirada en la Ilustración, de que el comercio libre entre naciones libres crearía un mundo pacífico y próspero.

Como país independiente, Estados Unidos fue en pos de la oportunidad económica en un mundo dominado todavía por feroces rivalidades imperiales europeas. La oferta de Napoleón de vender el vasto territorio de Luisiana por 15 millones de dólares, con la finalidad de financiar las propias guerras de Francia, fue un golpe de suerte extraordinario. Pero apenas unos pocos años después, Estados Unidos

intentó influir, mediante la Ley del Embargo, en el conflicto que mantenían Gran Bretaña y Francia, privando a las potencias beligerantes de los beneficios del comercio con Estados Unidos, pero privando a los estadounidenses, al mismo tiempo, de esos mismos beneficios. La ley sigue siendo uno de los errores más graves en la historia de las relaciones exteriores estadounidenses, y contribuyó también a los orígenes de la Guerra de 1812, que en gran medida no concluyó en nada y terminó en un empate en 1815.

Estados Unidos adoptó una postura más confiada en el mundo de la década de 1820, mientras Europa, luego de Napoleón, entraba en una era de paz relativa y gran parte de América Central y del Sur se independizaban. Con la Doctrina Monroe de 1823, Estados Unidos proclamó que el Hemisferio Occidental estaba cerrado a una ulterior colonización europea.

Los europeos, sin embargo, siguieron invirtiendo en las Américas, y los recursos de América Central y del Sur presentaban también un poderoso atractivo para Estados Unidos. A medida que las compañías estadounidenses desarrollaban empresas en minería y agricultura, la política exterior estadounidense, y sus fuerzas armadas, ayudaron a asegurar que los gobiernos locales siguieran siendo amistosos con su presencia económica.

Mientras tanto, la misma república creció espectacularmente, conforme los estadounidenses se desplazaron hacia el oeste, alentados por el sueño de la oportunidad económica y los ideales del “destino manifiesto”. Para hacer posible esta expansión, el gobierno de Estados Unidos desplazó a los indígenas, libró una guerra con México y negoció con Gran Bretaña para ampliar las fronteras de Estados Unidos hasta la costa del Pacífico.

EL COMERCIO A TRAVÉS DEL PACÍFICO

Pero el conflicto en torno a la esclavitud limitó aún más la expansión hacia el norte o el sur, y cuando la Guerra Civil terminó en 1865, William Seward, secretario de Estado del presidente Abraham Lincoln, había desarrollado un plan de expansión adicional que se centraba menos en la expansión territorial que en la comercial. Del otro lado del Océano Pacífico había un vasto mercado potencial en Asia. Mientras Alaska, comprada a Rusia en 1867, llegó a conocerse como la Locura de Seward, su adquisición fue parte de una astuta gestión estratégica para establecer líneas comerciales seguras con el Extremo Oriente. A finales de siglo, las potencias imperiales como Gran Bretaña y Japón, le habían echado el ojo a la expansión colonial en China, pero Estados Unidos, con la esperanza de impedir un reparto de China comparable a la “rebatija por África” en la década de 1880, promovió una política de “puertas abiertas” para preservar el



El presidente del Banco Mundial Paul Wolfowitz (a la derecha) saluda a la ministra de Energía de Uganda, Syda Bbumba, luego de que ésta pronunciara el discurso inaugural en la sesión de apertura de la Semana de la Energía 2006, en la sede del Banco Mundial en Washington, el 6 de marzo de 2006.

acceso a ese vasto mercado potencial. Una política de puertas abiertas consiste en mantener, en un determinado territorio, iguales derechos comerciales e industriales para los ciudadanos de todos los países.

En tanto que la política exterior seguía fomentando el acceso a los mercados mundiales, gran parte del fenomenal crecimiento económico de Estados Unidos luego de la Guerra Civil tuvo lugar dentro de sus fronteras. Hombres como John D. Rockefeller y Andrew Carnegie amasaron enormes fortunas personales en el petróleo y el acero, y presidieron la consolidación y expansión de estas industrias hasta transformarlas en monopolios o cuasi monopolios. La corporación, una innovación estadounidense, les permitía a las empresas asumir proporciones gigantescas, y creó las condiciones para la globalización del poder económico estadounidense en el siglo XX.

Para cuando estalló la Primera Guerra Mundial en 1914, Estados Unidos era una superpotencia económica, responsable de casi un tercio de la manufactura mundial, en comparación con el 15 por ciento de Alemania y el 14 por ciento de Gran Bretaña, según señala el historiador Paul Kennedy. Mientras las potencias centrales, Alemania y Austria, iban a la guerra contra las potencias aliadas, Gran Bretaña, Francia y Rusia, en el otro lado del Océano Atlántico, Estados Unidos declaró una política de neutralidad “en las ideas y los hechos”. La definición de neutralidad se hizo eco del Tratado Modelo de Adams: el comercio libre no se vería afectado por circunstancias políticas. El comercio con Alemania disminuyó hasta casi desaparecer debido al bloqueo británico, que Estados Unidos no desafió, en tanto que el floreciente comercio con las potencias aliadas dejaba pequeña la pérdida del comercio con Alemania. Para 1916, el apoyo económico

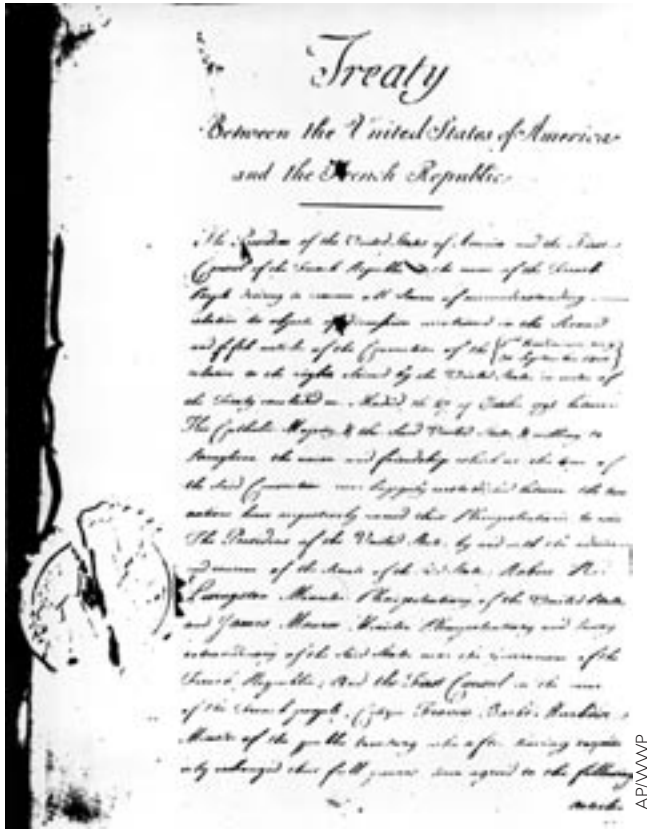
estadounidense a las potencias aliadas, mediante bienes industriales y servicios financieros amenazó a Alemania con la derrota en el frente occidental, a pesar de su éxito contra Rusia en el este. Desafiando la definición estadounidense de neutralidad, Alemania envió sus submarinos contra el tráfico marítimo estadounidense. Estados Unidos declaró la guerra en abril de 1917, uniéndose a las potencias aliadas para derrotar a Alemania al año siguiente.

IMPERIO SIN LÁGRIMAS

La Primera Guerra Mundial despedazó a Europa, pero Nueva York había reemplazado a Londres como

capital financiera del mundo y la economía de Estados Unidos estaba en auge mientras luchaban sus rivales al otro lado del Atlántico. La perspectiva del presidente Woodrow Wilson de un mundo pacífico, democrático y que comerciaba libremente, desafió el viejo orden de los imperios europeos antagonicos, pero fracasó en medio de la política de posguerra, tanto en Estados Unidos como en el extranjero. El historiador Warren Cohen ha argumentado que, entre las guerras mundiales, Estados Unidos optó, en cambio, por una política exterior de “imperio sin lágrimas”: el dominio de los mercados mundiales con un mínimo absoluto de compromisos militares y políticos. En la década de 1930 los políticos aislacionistas consideraban la intervención en una guerra como un error impulsado por los fabricantes de armas, codiciosos de las ganancias del comercio en tiempos de guerra, y el Congreso de Estados Unidos aprobó una serie de leyes de neutralidad para asegurar que el comercio no llevaría al país a la guerra otra vez.

El “imperio sin lágrimas” recordaba los días despreocupados de la prosperidad colonial bajo la mirada no muy vigilante de Gran Bretaña. Pero la desatención benévola no daría resultado en un mundo que extremistas militares de Alemania y Japón aspiraban a dominar. A finales del siglo XVIII, el presidente George Washington le había advertido a la naciente república que se mantuviera apartada de los imperios europeos beligerantes, pero ahora Estados Unidos tenía el poderío, arraigado en la fuerza económica, para asegurar que los aspirantes a imperios no desafiarían sus intereses mundiales. A pesar del persistente aislacionismo en el país, el presidente Franklin Roosevelt anunció en enero de 1939 el mayor presupuesto de defensa que se hubiera aprobado jamás en tiempos de



Las negociaciones entre Estados Unidos y la República Francesa, relativas a la compra del Territorio de Luisiana, concluyeron el 30 de abril de 1803 durante la presidencia de Thomas Jefferson.

paz. En marzo de 1941, meses antes del ataque japonés en Pearl Harbor, Estados Unidos comprometió su poderío económico al aplastamiento de las potencias del Eje, con la Ley de Préstamo y Arriendo. Para el verano, los submarinos alemanes desafiaban una vez más los intereses estadounidenses en una guerra no declarada en el Atlántico.

LA APARICIÓN DE LAS SUPERPOTENCIAS

La extraña alianza de Estados Unidos, el imperio Británico y la Unión Soviética derrotó a las potencias del eje en 1945. Los soviéticos contaron con los recursos humanos y la determinación necesarios para rechazar la invasión más masiva de la historia y aplastar a las fuerzas armadas alemanas; Estados Unidos movilizó exitosamente sus abrumadores recursos humanos y económicos para ganar, en dos continentes diferentes, la mayor guerra de la historia. A medida que Europa declinaba, estos dos países se convirtieron en las dos superpotencias del mundo. Pero las superpotencias representaban también sistemas económicos y políticos opuestos, y el desarrollo, en ambos lados, de armas nucleares inmensamente destructivas le dieron a la lucha posterior durante la Guerra Fría una dimensión

apocalíptica, de todo o nada.

La amenaza soviética garantizó que Estados Unidos no abandonara una función mundial política y militar. La economía siguió siendo crucial. En una de las iniciativas verdaderamente brillantes de la historia de las relaciones exteriores estadounidenses, Estados Unidos proporcionó, entre 1948 y 1951, a través del Plan Marshall 12.000 millones de dólares en ayuda a las economías europeas. Estados Unidos prestó ayuda a países desesperadamente necesitados y los ayudó a rechazar el comunismo, pero el crecimiento económico fenomenal que resultó en Europa Occidental impulsó también el comercio mundial, haciendo que este acto de generosidad fuera también una inversión extremadamente perspicaz. En su condición de guardián del mercado mundial, Estados Unidos fomentó generalmente políticas de libre comercio para apoyar a éste, aunque los estadounidenses y su gobierno no eran totalmente inmunes a la atracción del proteccionismo. No obstante, en general la política de la Guerra Fría cobró vida propia. Aunque la lucha tenía por objeto preservar un sistema económico mundial, creó una presencia militar estadounidense a escala mundial y lo que el presidente Eisenhower denominó un complejo militar-industrial para apoyarla. Por ejemplo, la política de contención definió a Vietnam como una fila de fichas de dominó cuya caída ante el comunismo desataría una reacción en cadena en el sudeste asiático. A un costo enorme, tanto económico como humano, Estados Unidos trató en vano de construir un estado vietnamita no comunista.

Los retos de la Guerra Fría ejercieron también una presión económica enorme sobre la Unión Soviética y sus aliados, y al final el sistema comunista no pudo generar la riqueza necesaria para sostener la competición, y mucho menos asegurarle a su propio pueblo los derechos humanos fundamentales, un ambiente saludable o un nivel de vida razonable. Con el colapso del comunismo a finales de los años ochenta, Estados Unidos surgió como la única superpotencia, y el sistema capitalista, más regulado que en los días de los capitanes de industria inescrupulosos, pero todavía con sus deficiencias y víctimas, prevaleció. El fin de esa lucha no provocó el “fin de la historia”, tal como había propuesto el pensador estratégico Francis Fukuyama, sino un mundo contemporáneo cuyas ingobernables complejidades desafían una vez más a los estadounidenses a definir sus intereses políticos y económicos en un contexto mundial, y a estudiar el pasado para lidiar racionalmente con el presente y ofrecer una perspectiva para el futuro. ■

Las opiniones expresadas en este artículo no reflejan necesariamente los puntos de vista ni las políticas del gobierno de Estados Unidos

DESPUÉS DE LA GUERRA FRÍA

WALTER LAQUEUR



El ex presidente de Estados Unidos Ronald Reagan, a la izquierda, y su homólogo soviético Mijail Gorbachov, se dejan ver con sus sombreros vaqueros el 2 de mayo de 1992 durante una visita al Rancho del Cielo, propiedad de los Reagan de unas 278 hectáreas de extensión en las montañas al norte de Santa Bárbara, en California.

“La historia nos enseña que el terrorismo sólo puede operar en sociedades libres o relativamente libres. No había terrorismo en la Alemania nazi o en la Rusia de Stalin, no lo había ni lo hay en dictaduras más benévolas. Lo que significa que, bajo ciertas circunstancias, si al terrorismo se le permite operar con demasiada libertad y se convierte en algo más que un inconveniente, hay que pagar un precio muy alto en las restricciones a la libertad y a los derechos humanos para erradicarlo”.

Walter Laqueur copreside el Consejo de Investigación Internacional del Centro de Estudios Internacionales y Estratégicos, un centro de investigación pública con sede en Washington D.C. Ha sido profesor en las universidades de Brandeis y Georgetown, y profesor invitado en las universidades de Harvard, Chicago, Tel Aviv y Johns Hopkins.

Con la conclusión de la Guerra Fría en 1989 tras el desmantelamiento del muro de Berlín, la recuperación de la independencia de los países de Europa Oriental y la desintegración final de la Unión Soviética, el mundo entero tuvo la sensación de que, por fin, la paz universal había descendido sobre la Tierra. El temor a una guerra en la que se utilizarían armas de destrucción masiva había desaparecido. Uno de los principales científicos políticos escribió una obra titulada *The End of History* (El fin de la historia), que evidentemente no sostenía que la historia se hubiese detenido, sino más bien que los conflictos serios entre los países habían cesado y que, en torno a ciertas cuestiones esenciales, había ahora un consenso general.

Fue un momento hermoso pero la dicha fue corta. Los escépticos (entre los que me cuento) tenían la sospecha de que en el mundo quedaban todavía bastantes conflictos que anteriormente fueron eclipsados o suprimidos por la Guerra Fría. Dicho de otra manera, mientras duró la confrontación entre los dos bandos, no afloraron otros tipos de conflictos pues en ese momento eran considerados conflictos menores. La Guerra Fría había tenido el efecto inverso de ser el principal responsable de la preservación de cierto orden mundial; en resumen, había sido un factor estabilizador.

También es cierto que la amenaza de una nueva y terrible guerra mundial fue probablemente exagerada.



El presidente George Bush, a la izquierda, les da la bienvenida a la señora Lyudmila Putin y al presidente ruso Vladimir Putin, a su llegada al rancho de los Bush en Crawford, Texas, el 14 de noviembre de 2001. La señora Putin hizo entrega de una flor a la señora Bush al momento de su arribo.

El terror estaba equilibrado por la disuasión mutua—precisamente porque existía un amplio arsenal de armas devastadoras. Y puesto que ambos bandos del conflicto actuaban con sensatez, ya que entendían las consecuencias de semejante guerra, la paz se había mantenido.

¿Seguiría en pie la disuasión mutua una vez finalizada la Guerra Fría? ¿Tendría como secuela una nueva era de disturbios mayores? La Guerra Fría no había puesto fin a la proliferación de armas nucleares y a otros medios de destrucción masiva, pero ciertamente la había frenado. Lo mismo no sucede en la actualidad, pues ya no sólo existe el peligro de que unos cuantos países posean estas armas.

La verdadera amenaza es que la adquisición de estas armas por unos pocos países generará una carrera entre sus vecinos para conseguir las mismas, porque estarán expuestos y se sentirán amenazados. Por otra parte, ¿se puede dar por sentado aún que quienes posean armas de destrucción masiva actuarán con la misma sensatez que las dos partes en la Guerra Fría? ¿Estarán sus acciones guiadas por un fanatismo religioso, nacionalista o ideológico que les hará olvidar el peligro suicida de utilizar tales armas? ¿Se convencerán a sí mismos de que quizás les sea posible utilizar impunemente, y sin dejar rastro alguno, estas armas contra sus enemigos en una guerra por terceros?

LA BÚSQUEDA DE LIDERAZGO

Estas son las preguntas inquietantes que han surgido en los últimos años y que cobran cada vez más relevancia.

No hay un árbitro, ni una autoridad definitiva para la resolución de los conflictos. Las Naciones Unidas tendrían que haber cumplido esta función, pero hacerlo le ha sido tan imposible como le fue a la Liga de Naciones en el período comprendido entre las dos guerras mundiales. Las Naciones Unidas está integrada por casi 200 países miembros, pequeños y grandes, democráticos y autoritarios, y todo tipo de variación entre unos y otros. Algunos respetan los derechos humanos, otros no. Tienen conflictos de intereses y carecen de la capacidad militar de intervenir en caso de emergencia. A veces pueden ayudar mediante negociaciones a lograr un acuerdo, pero son impotentes si la diplomacia se viene abajo.

Al final de la Guerra Fría, Estados Unidos surgió como la única superpotencia, hecho que acarreó enormes responsabilidades relativas a la paz mundial. Ningún otro país estaba preparado para abordar las amenazas a la paz mundial—no sólo a su propia seguridad. Pero ni siquiera una superpotencia es omnipotente, su capacidad de cumplir obligaciones internacionales tiene límites. No puede y no debe hacerlo por su cuenta, sino que debe actuar como líder de acciones internacionales mediante la persuasión y la presión, si es necesaria.

Sin embargo, las superpotencias nunca gozan de popularidad. Así ha sido desde los días del imperio Romano, y de todos los demás imperios que han existido antes y después. Son objeto del temor y la sospecha de naciones más débiles, no sólo de sus vecinos. Éste es un dilema del que no le es posible escapar. No importa cuán razonable y digno sea su comportamiento, siempre existe el temor de un cambio en el temperamento o la conducta de la superpotencia. Por eso suele haber entre las naciones más pequeñas la tendencia a atacar en conjunto al país líder. Por mucho que se esfuerce la superpotencia, no existe una panacea para ganar popularidad—salvo la abdicación. Una vez que dejan de ser poderosas, crecen sus oportunidades de hacerse populares. Pero han sido pocas las superpotencias de la historia que han tomado ese camino.

Con el fin de la Guerra Fría, han aparecido nuevos centros de poder, principalmente China y la India. Han logrado avances económicos espectaculares que sólo hace una década eran inimaginables. Pero hasta la fecha estos países no han dado señales de querer desempeñar un papel en la política mundial que corresponda a su fortaleza económica. Son grandes potencias regionales y, con el tiempo, serán sin duda más que eso. Pero eso puede tardar muchos años y mientras tanto no han demostrado ningún deseo de compartir la responsabilidad de mantener el orden mundial.

Durante un corto tiempo, después del fin de la Guerra Fría, parecía ser que Europa desempeñaría esa función,

aunque no siempre al unísono con Estados Unidos. Algunos observadores del panorama político alegaban que el siglo XXI sería el siglo de Europa, principalmente porque el modelo europeo era muy atractivo y sería copiado por el resto del mundo. Esta era la concepción de Europa como una superpotencia civil y moral.

Estas voces optimistas han menguado recientemente en número y frecuencia. Es cierto que Europa tiene mucho que ofrecer al resto de la humanidad, y que el movimiento hacia la unidad europea después de 1948 ha sido un éxito rotundo. Pero el movimiento perdió fuerzas una vez se constituyó el mercado común y aun así la economía no funcionaba tan bien como se esperaba. No había suficiente crecimiento para financiar un estado benefactor, orgullo del continente. Muchos miembros nuevos se habían sumado a la Unión Europea, pero no había una política exterior europea y mucho menos una capacidad militar.

Durante muchos años, la OTAN (Organización del Tratado del Atlántico Norte) había sido un escudo para Europa, y lo sigue siendo. Algunos sostenían que la OTAN había perdido, al menos en parte, su razón de ser debido sencillamente a que la amenaza que había motivado su origen ya había desaparecido. Pero si bien es cierto que las antiguas amenazas han desaparecido, otras amenazas nuevas han tomado su lugar.

Los que cuestionan la OTAN presentarían un caso más convincente si se hubiese realizado un esfuerzo para establecer su propia organización de defensa, pero no se ha hecho. Todo ello sumado a la debilidad demográfica de Europa—la contracción y envejecimiento de la población del continente—es señal de su flaqueza. Otro indicio de ello son sus fracasadas iniciativas diplomáticas independientes en Oriente Medio y, cuando una sangrienta guerra civil se desató a las puertas de su casa en los Balcanes, Europa fue incapaz de atender el problema sin ayuda del exterior. Es evidente que la era de la superpotencia moral, por atractiva que sea como ideal, no ha llegado todavía.

Pocos convendrían en que ha llegado el momento de abolir la policía y las fuerzas de seguridad en el ámbito nacional. Sin embargo, muchos han actuado como si no fueran necesarias las fuerzas del orden en el plano internacional, y todo ello en un momento en que la amenaza de las armas de destrucción masiva cobra más relevancia, dado que los daños y las bajas que producirían serían infinitamente mayores que en ningún otro momento del pasado.

TENSIONES Y TERRORISMO

Han sido pocos los voluntarios que se han presentado para hacer de policías del mundo—es ciertamente un

empleo poco atrayente, no remunerado y nada agradecido. Es posible que sea superfluo, es posible que el orden internacional sepa cuidarse a sí mismo.

Tal vez, pero si se examina el panorama mundial no saltan motivos para sentir excesivo optimismo. Rusia no ha aceptado aún su nueva situación en el mundo; hay resentimiento, como es natural, por la pérdida del imperio. Existe una fuerte tendencia a asignar culpas a todo tipo de factores externos, y algunos ya sueñan con devolverle su antiguo poder y gloria.

También está África, con sus millones de víctimas de horribles guerras civiles que la comunidad internacional fue incapaz de prevenir.

Ante todo está Oriente Medio con su pluralidad de tensiones y terrorismo en el ámbito nacional e internacional. El terrorismo no es un fenómeno nuevo en los anales de la historia de la humanidad, es más viejo que Matusalén. Ha aparecido en muchas formas y disfraces, como nacionalismo y separatismo, y propiciado por la extrema izquierda y la derecha radical. Pero el terrorismo contemporáneo, instigado por el fanatismo religioso y nacionalista, con operaciones en estados fracasados, y a veces incitado, financiado y manipulado por los gobiernos, es ahora más peligroso que nunca.

Ha habido y hay muchos conceptos equivocados sobre el origen del terrorismo. A menudo se sostiene que la pobreza y la opresión son sus causas principales. Si eliminamos la pobreza y la opresión, el terrorismo desaparecerá. Pero el terrorismo no sólo aparece en los países más pobres y los conflictos étnicos raramente tienen fácil solución, ¿qué pasaría si dos grupos reclamaran el mismo territorio y no estuviesen dispuestos a transigir?

El verdadero peligro no es, evidentemente, la victoria del terrorismo. La historia nos enseña que el terrorismo sólo puede operar en sociedades libres o relativamente libres. No había terrorismo en la Alemania nazi ni en la Rusia de Stalin, no había ni lo hay en dictaduras más benévolas. Pero esto significa que, bajo ciertas circunstancias, si al terrorismo se le permite operar con demasiada libertad y se convierte en algo más que un inconveniente, hay que pagar un precio muy alto en las restricciones a la libertad y a los derechos humanos para erradicarlo. Naturalmente, las sociedades libres son reacias a pagar tal precio. Este uno de los grandes dilemas de nuestro tiempo y hasta ahora nadie ha encontrado una forma indolora de resolverlo. ■

Las opiniones expresadas en este artículo no reflejan necesariamente los puntos de vista ni las políticas del gobierno de Estados Unidos

BIBLIOGRAFÍA (EN INGLÉS)

Additional Readings on Acontecimientos importantes en las relaciones exteriores de Estados Unidos

Brune, Lester H. *Chronological History of U.S. Foreign Relations*, 3 vols. New York, NY: Routledge, 2002.
<http://www.routledge-ny.com/ref/usforelations/>

Cameron, Fraser. *U.S. Foreign Policy Después de la Guerra Fría*. New York, NY: Routledge, 2002.
<http://www.h-net.org/reviews/showrev.cgi?path=96411086838116>

Chang, Laurence and Peter Kornbluh, eds. *The Cuban Missile Crisis, 1962: A National Security Archive Documents Reader*. New York, NY: W. W. Norton & Company, Inc., 1999.
http://www.gwu.edu/~nsarchiv/nsa/publications/DOC_readers/cmcread/cmcread.html

CNN Interactive. *A CNN Perspectives Series: Cold War Experience: Episode 1: Comrades 1917-1945 through Episode 24: Conclusion 1989-1991*. Atlanta, GA: CNN.
http://www.besthistorysites.net/20thCentury_ColdWar.shtml

Cohen, Warren I. *The Cambridge History of American Foreign Relations: Vol. 4, America in the Age of Soviet Power, 1945-1991*. New York, NY: Cambridge University Press, 1993.
<http://www.cambridge.org/catalogue/catalogue.asp?isbn=0521381932>

The Cold War International History Project: Cold War Files: An Online Classroom Resource for High Schools. Washington, DC: Woodrow Wilson International Center for Scholars.
http://www.wilsoncenter.org/index.cfm?topic_id=1409&fuseaction=topics.item&news_id=152941

Dallek, Robert. *The American Style of Foreign Policy: Cultural Politics and Foreign Affairs*. New York, NY: Cambridge University Press, 1990.

DeConde, Alexander, Richard Dean Burns and Frederik Logevall, eds. *Encyclopedia of American Foreign Policy*, 2nd ed., 3 vols. New York, NY: Scribner & Sons, 2001.
<http://www.gale.com/pdf/facts/EncAmFP.pdf>

Dobson, Alan. *U.S. Foreign Policy Since 1945*. New York, NY: Routledge, 2000.

Documents Relating to American Foreign Policy: Documents Related to the Cold War. South Hadley, MA: Mount Holyoke College.
<http://www.mtholyoke.edu/acad/intrel/coldwar.htm>

Giangreco, D. M. and Robert E. Griffin. *Airbridge to Berlin: The Berlin Crisis of 1948, Its Origins and Aftermath*. Novato, CA: Presidio Press, 1988.
http://www.trumanlibrary.org/whistlestop/study_collections/berlin airlift/large/docs.php

Hogan, Michael J. and Thomas G. Paterson, eds. *Explaining the History of American Foreign Relations*, 2nd ed. New York, NY: Cambridge University Press, 2004.
<http://www.cambridge.org/catalogue/catalogue.asp?isbn=0521540356>

Hook, Steven W. and John Spanier. *American Foreign Policy Since World War II*, 16th ed. Washington, DC: CQ Press, 2003.
<http://www.cqpress.com/product/American-Foreign-Policy-Since-World-War-2.html>

Ikenberry, G. John. "Why Export Democracy?: The 'Hidden Grand Strategy' of American Foreign Policy." *The Wilson Quarterly*, vol. 23, no. 2 (Spring 1999): pp. 56-65.
<http://www.mtholyoke.edu/acad/intrel/exdem.htm>

Jeffreys-Jones, Rhodri. *Changing Differences: Women and the Shaping of American Foreign Policy, 1917-1994*. New Brunswick, NJ: Rutgers University Press, 1995.
http://165.230.98.36/acatalog/_Changing_Differences_655.html

Jentelson, Bruce W., Thomas G. Patterson and Nicholas E. Rizopoulos. *Encyclopedia of U.S. Foreign Relations*. New York, NY: Oxford University Press, 1997.

Jervis, Robert. *American Foreign Policy in a New Era*. New York, NY: Routledge, 2005.

Kort, Michael. *The Columbia Guide to the Cold War*. New York, NY: Columbia University Press, 2001.

Lake, David A. *Entangling Relations: American Foreign Policy in Its Century*. Princeton, NJ: Princeton University Press, 1999.

McCullough, David. *Path Between the Seas: The Creation of the Panama Canal, 1870-1914*. New York, NY: Simon & Schuster, 1978.

McEvoy-Levy, Siobhan. *American Exceptionalism and U.S. Foreign Policy: Public Diplomacy at the End of the Cold War*. New York, NY: Palgrave Macmillan, 2001.

Mead, Walter Russell. *Special Providence: American Foreign Policy and How It Changed the World*. New York, NY: Random House, 2001.

The Origins of the Cold War: U.S. Choices after World War II, 4th ed. Providence, RI: Choices Education Program, 2004.
http://www.choices.edu/curriculum_unit.cfm?id=12

Pickett, William B. "The Historiography of American Foreign Policy." *Organization of American Historians Magazine of History*, vol. 7, no. 2 (Fall 1992): pp. 13-15.
<http://www.oah.org/pubs/magazine/foreignpolicy/pickett.html>

Public Broadcasting Service. *American Experience: Theodore Roosevelt's Legacy: The Panama Canal*. Arlington, VA: Public Broadcasting Service.
<http://www.pbs.org/wgbh/amex/tr/panama.html>

Schulzinger, Robert D. *U.S. Diplomacy Since 1900*, 5th ed. New York, NY: Oxford University Press, 2001.

Tarnoff, Curt and Larry Nowels. *Foreign Aid: An Introductory Overview of U.S. Programs and Policy*. Washington, DC: Congressional Research Service, The Library of Congress, 19 January 2005.
<http://www.usembassy.it/pdf/other/98-916.pdf>

U.S. Congress. Senate. Committee on Foreign Relations and U.S. Department of State. *Decade of American Foreign Policy: Basic Documents, 1941-49*. Washington, DC: Government Printing Office, 1950.
<http://www.yale.edu/lawweb/avalon/decade/decade.htm>

U.S. Department of State. *Foreign Relations of the United States: Original Documents on U.S. Foreign Policy*. Washington, DC: Office of the Historian, Department of State.
<http://www.state.gov/r/pa/ho/frus/>

U.S. Department of State. International Information Programs. *The Marshall Plan: Investment in Peace: 50th Anniversary*. Washington, DC: International Information Programs, Department of State.
<http://usinfo.state.gov/usa/infousa/facts/marshall/pam-toc.htm>

U.S. Department of State. *Timeline of U.S. Diplomatic History*. Washington, DC: Office of the Historian, Department of State.
<http://www.state.gov/r/pa/ho/time/>

The U.S. Role in a Changing World, 2nd ed. Providence, RI: Choices Education Program, 2005.
<http://www.choices.edu/usrole.cfm>

University of Houston. *Digital History: Great Events of the Cold War Time Span: 1945-1991*. Houston, TX: University of Houston.
http://www.digitalhistory.uh.edu/f_policy/f_policy2.cfm

Varble, Derek. *The Suez Crisis 1956 (Essential Histories)*. New York, NY: Osprey, 2003.
http://www.ospreypublishing.com/title_detail.php?title=S4183-ser=ESS

Walden University. *Education World: U.S. History: 20th Century: The Cold War*. Minneapolis, MN: Walden University.
http://db.educationworld.com/perl/browse?cat_id=2724

The U.S. Department of State assumes no responsibility for the content and availability of the resources from other agencies and organizations listed above. All Internet links were active as of April de 2006.

RECURSOS EN LA INTERNET (EN INGLÉS)

Online Resources for Acontecimientos importantes
en las relaciones exteriores de Estados Unidos

The American Experience: Jimmy Carter

<http://www.pbs.org/wgbh/amex/carter/>

Coverage includes former President Carter's Middle East policy, the Iranian hostage crisis, and post-presidency. Included in this Public Broadcasting Service (PBS) site is a film transcript, photo gallery, a synopsis of people and events, as well as a teacher's guide.

The American Experience: The Kennedys

<http://www.pbs.org/wgbh/amex/kennedys/>

An overview of the famous American family involved in national politics for over 45 years. A film transcript is included as well as speeches and statements by the Kennedys, along with a teacher's guide and Bibliografía (en inglés).

The American Experience: Nixon's China Game

<http://www.pbs.org/wgbh/amex/china/>

A secret diplomatic breakthrough that shocked and changed the world. In addition to the film transcript, materials include a timeline, maps, and a teacher's guide.

The American Experience: Reagan

<http://www.pbs.org/wgbh/amex/reagan/>

Actor, governor, and president—the biography of a popular, but contradictory, man. This PBS site includes a film transcript, photo gallery, synopsis of people and events, and a teacher's guide.

The American Experience: TR, The Story of Theodore Roosevelt

<http://www.pbs.org/wgbh/amex/tr/>

"TR" looks at the life of a man who embodied the confidence and exuberance of America at the turn of the 20th century, revealing both the heroic and tragic sides of Roosevelt's character. The program combines photographs, newspapers, motion pictures, sound recordings, family diaries, and letters to create a vivid and comprehensive portrait of this larger-than-life figure.

The American Experience: Truman

<http://www.pbs.org/wgbh/amex/truman/>

To the little-known man from Missouri would fall the burden of ending a world war and asserting American leadership in a newly-aligned and hostile international environment. Bonus materials on this site for Harry S Truman include primary sources, audio interviews, television program transcripts, and an in-depth teacher's guide.

The American Experience Presents Vietnam: A Television History

<http://www.pbs.org/wgbh/amex/vietnam/>

A seminal television event, when it premiered as a 13-part series on PBS in 1983, *Vietnam: A Television History* was edited to 11 hours and rebroadcast in 1997. This site includes transcripts for the entire series, selections from *The American Experience* mailbag about the *Vietnam* series, and a list of books and links relating to the Vietnam War.

The Berlin Airlift: Student Activity

<http://www.trumanlibrary.org/teacher/berlin.htm>

This Truman Presidential Museum and Library site offers interactive materials for students studying the blockade of the city of Berlin by the Soviet Union in 1948 and 1949. Featured on the site are issues for discussion, suggestions for further reading, and additional Recursos en la Internet (en inglés).

The Choices Program: Critical Turning Points in the History of American Foreign Policy

http://www.choices.edu/specialprojects_tah.cfm

This initiative brings groundbreaking research into secondary classrooms, using a methodology that has been shown to engage all students in consideration of the ambiguities of history and the lessons for the future. The project focuses on significant turning points in our nation's relationship to the world around us, from the triangle trade of the 18th century to the U.S. role in the world today.

A Chronology of U.S. Historical Documents

<http://www.law.ou.edu/hist/>

A listing of political and diplomatic documents covering the history of the United States from colonial times through the 21st century.

Council on Foreign Relations: Academic Modules

<http://www.cfr.org/educators/modules.html>

A nonpartisan resource for information and analysis that includes a primary text, teaching notes, *Foreign Affairs* articles, and multimedia teaching tools.

Discovery Channel: The Cold War and Beyond Lesson Plan

<http://school.discovery.com/lessonplans/programs/reaganlegacy-starwars/>

This site is designed for students to review facts about the Cold War as well as research and write a news article about the Cuban Missile Crisis.

Discovery Channel: The Cuban Missile Crisis: Contemporary History Lesson Plan

<http://school.discovery.com/lessonplans/programs/cubanmissile/>

A resource created to help students understand how the Cold War came to an end under the watch of Reagan and Gorbachev and to study the scientists and politicians who contribute to national arms policies.

Discovery Channel: The Role of NATO

<http://school.discovery.com/lessonplans/programs/nato/>

Students can use this site to understand the political atmosphere of post-World War II Europe and the U.S. foreign policy strategy of containment, as well as research critical events that occurred prior to the formation of NATO. Students can also distinguish on a map the countries that formed the Warsaw Pact and the NATO alliance in 1955.

George C. Marshall Foundation: Biographical Information

http://www.marshallfoundation.org/marshall_biographical_information.html

Congressional testimony, interviews, and quotes from one of the primary instigators of the Marshall Plan to assist countries after World War II are included on this site. In addition to biographical material on General Marshall, the site contains information about the Marshall Plan itself.

History Matters: The U.S. Survey Course on the Web

<http://www.historymatters.gmu.edu/>

Designed for high school and college teachers and students, this site serves as a gateway to Recursos en la Internet (en inglés) and offers other useful materials for teaching U.S. history.

Images of American Political History

http://teachpol.tcnj.edu/amer_pol_hist/

A collection of over 500 public domain images of American political history.

The Library of Congress

<http://www.loc.gov/>

This site showcases the resources of the Library of Congress, the nation's oldest federal cultural institution, which serves as the research arm of Congress. It is also the largest library in the world, with more than 130 million items on approximately 530 miles of bookshelves. The collections include more than 29 million books and other printed materials, 2.7 million recordings, 12 million photographs, 4.8 million maps, and 58 million manuscripts.

The Library of Congress: Exhibits: For European Recovery: The Fiftieth Anniversary of the Marshall Plan

<http://www.loc.gov/exhibits/marshall/marsintr.html>

In celebration of the 50th anniversary of the Marshall Plan, the Library of Congress presents this display on the origins and effects of the Plan. Featured are photographs and cartoons from the Prints and Photographs Division and items from the papers of Averell Harriman, the European Recovery Program special representative from 1948 to 1950, whose collection in the Library's Manuscript Division contains photographs, letters, memos, and printed material that document the early days of this acclaimed international initiative.

National Security Archive: Cuban Missile Crisis 40th Anniversary Collection

http://www.gwu.edu/~nsarchiv/nsa/cuba_mis_cri/

Press releases, selected documents, photographs, audio clips, and other material from the historic 40th anniversary conference in Havana are included through this site. Also available are declassified documents, analysis, and a chronology.

National Security Archive Online

<http://nsarchive.chadwyck.com/>

A comprehensive collection of primary important declassified documents regarding critical U.S. policy decisions.

Public Broadcasting Service: Global Connections: U.S. Foreign Policy

<http://www.pbs.org/wgbh/globalconnections/mideast/questions/uspolicy/>

This PBS site shows that, despite the physical distance between the United States and the Middle East, U.S. influence has been felt in every country within the region. Throughout the 20th century, strategic interests, including a longstanding competition with the Soviet Union, have provoked a variety of U.S. interventions ranging from diplomatic overtures of friendship to full-blown war.

Society for Historians of American Foreign Relations (SHAFR): Syllabus Initiative

<http://www.shafr.org/syllabusinitiative.htm>

This site is designed as a teaching resource by the Society for Historians of American Foreign Relations. It contains a repository of syllabi that can be used as a reference by those preparing to teach foreign relations history.

Suez Crisis: A Select Bibliografía (en inglés)

<http://www.eisenhower.archives.gov/suez.htm>

This site provides access to 10 book titles concerning the 1956 Suez Canal Crisis, as cited by the Dwight D. Eisenhower Presidential Library staff.

**Truman Presidential Museum and Library:
Berlin Airlift**

http://www.trumanlibrary.org/whistlestop/study_collections/berlin_airlift/large/docs.php
Oral histories, documents, and lesson plans concerning the Berlin Airlift during the years of 1948 through 1951, as documented by the Truman Presidential Museum and Library staff.

**Truman Presidential Museum and Library:
Establishing the Marshall Plan**

http://www.trumanlibrary.org/whistlestop/study_collections/marshall/large/
Documents, photographs, oral histories, lesson plans, and links about the establishment of the Marshall Plan, as created by the Truman Presidential Museum and Library staff.

**Truman Presidential Museum and Library:
Ideological Foundations of the Cold War**

http://www.trumanlibrary.org/whistlestop/study_collections/coldwar/
Access is given to documents that highlight the ideals that formed the basis of American policy toward the Soviet Union from 1945 to 1952.

The United Nations: An Introducción for Students

<http://www.un.org/Pubs/CyberSchoolBus/unintro/unintro.asp>
An Introducción to the history and the work of the United Nations, created by the United Nations Cyberschoolbus (an online education component of the Global Teaching and Learning Project).

**U.S. Agency for International Development:
Marshall Plan**

<http://www.usaid.gov/multimedia/video/marshall/>
A resource for information about the Marshall Plan and how it made possible the rebuilding of Europe after World War II.

**U.S. Department of State: Bureau of Public Affairs:
Office of the Historian**

<http://www.state.gov/r/pa/ho/>
Includes access to Office of the Historian's publication *Foreign Relations of the United States* series, the official historical documentary record of U.S. foreign policy decisions.

**U.S. Department of State for Youth:
Foreign Relations and the U.S.**

<http://future.state.gov/when/foreign/>
Parents and teachers are provided with lesson plans and teaching activities about the official record of major U.S. foreign policy decisions.

**U.S. Department of State for Youth: Parents and
Educators: Lesson Plans: The Cuban Missile Crisis**

<http://future.state.gov/educators/lessons/cuba/>
Parents and teachers can access lesson plans related to the 1962 Cuban Missile Crisis.

**U.S. Foreign Policy, University of Michigan
Documents Center**

<http://www.lib.umich.edu/govdocs/forpol.html>
Source for the University of Michigan's mega Internet documents center site, concerning U.S. foreign policy and government information.

U.S. National Archives: Exhibits: A People at War

http://www.archives.gov/exhibits/a_people_at_war/a_people_at_war.html
An exhibit that highlights the contributions of the thousands of Americans, both military and civilian, who served their country during World War II.

U.S. National Archives: Our Documents: Marshall Plan

<http://www.ourdocuments.gov/doc.php?doc=82>
Material about the Marshall Plan, one of the 100 milestone documents compiled by the National Archives and Records Administration about U.S. foreign policy.

**U.S. National Archives: Our Documents:
Truman Doctrine**

<http://www.ourdocuments.gov/doc.php?doc=81>
Information concerning the Truman Doctrine is contained in this site, one of many created by the National Archives and Records Administration on U.S. foreign policy documents.

U.S. National Archives: Presidential Libraries

<http://www.archives.gov/presidential-libraries/>
This site includes links to American Presidential Libraries; information on available documents as well as search capabilities are provided. Presidential Libraries offer museums full of presidential artifacts, interesting educational and public programs, and informative sites.

The U.S. Department of State assumes no responsibility for the content and availability of the resources from other agencies and organizations listed above. All Internet links were active as of April de 2006.



Un periódico electrónico mensual que se publica en varios idiomas



**CONSULTE LA LISTA COMPLETA DE TÍTULOS EN EL SITIO
[HTTP://USINFO.STATE.GOV/PUB/EJOURNALUSA/SPANISH.HTML](http://usinfo.state.gov/pub/ejournalusa/spanish.html)**